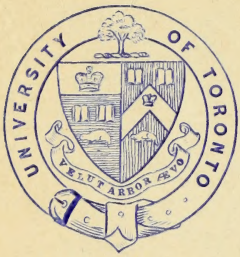
3 1761 08695940 0



PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

17- Sentido íntimo
21- Personajes
35- R'mo de las cosas
40- Lances y episodios
55- Estilo y lenguaje
75- Resumen y conclus
93- Synt'm of D.Q. San Cura Barbero

LS
C419d
·Yt

Cervantes Saavedra, Miguel de.
Don Quixote

ALFREDO TABAR

Realismo del Quijote

Simbolismo que encarnan D. Quijote y Sancho

Estudios premiados en el Concurso celebrado en Vitoria para solemnizar el III Centenario de la publicación del libro de Cervantes.

486512
22.2.49

VITORIA
IMPRENTA PROVINCIAL
1906

CHICAGO PUBLIC LIBRARY

A guisa de prólogo

Para un **Concurso literario** *donde no esperaba hallar contrincantes, pues antojóseme que había de quedar desierto por haberse anunciado con un plazo insuficiente para esta clase de estudios, escribí los dos que figuran en este libro.*

Mis esperanzas resultaron fallidas en parte: el **Concurso** *abundó en contestaciones á los temas propuestos (algunas de ellas magistrales); mas la suerte, en forma de benevolencia del Jurado calificador, benevolencia cuya extensión sólo él y yo sabemos cuanta es, me favoreció con dos premios.*

El buen éxito de la empresa no disminuye mi temeridad al acometerla; y como creía y sigo creyendo que, para muchos, yo entre ellos, es un **pecado literario** *escribir sobre el libro de Cervantes, pido perdón por haberlo cometido conscientemente, invocando, por única disculpa, mi intento de creer concurrir á un simulacro de batalla sin combatientes, donde siendo yo el único guerrero, si el triunfo no había de proporcionarme mucha gloria, tampoco el riesgo que corría era grande.*

A. T.

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/realismodelquijo00taba

«Realismo del Quijote»

LEMA:

Son los hijos del espíritu como aquellos hijos del cuerpo, á los que los romanos hacian tocar la tierra para enseñarles á hablar.

J. P. RICHTER.

Temeraria parece, y más que temeraria imposible, la empresa de mirar de hito en hito al genio colosal de Cervantes desde esta nuestra bajísima insignificancia de pigmeos; temeraria, pues, parece la empresa de desarrollar un tema de crítica literaria pura referente á *Don Quijote de la Mancha* y sobre todo éste del *realismo*, tan profundo y complejo de suyo; cuyo desempeño exige, no amontonar datos históricos para apuntar noticias y desvanecer dudas, ni lanzarse á interpretaciones más ó menos subjetivas, tareas ambas hacederas á poca constancia que se tenga;

sino mirar de hito en hito, repetimos, al libro inmortal en sí, compulsarlo con la realidad y deducir luego las consecuencias de esta mirada y de esta compulsa. Para realizar á conciencia empresa tal, ha de hombrearse el crítico con Miguel de Cervantes; y esta sola consideración, si esa idea hubiera pasado por nuestra mente, bastaría para hacernos desistir de ella; mas nuestro plan y finalidad son bien distintos. Todo lo que signifique pretensión *docente*, ó estudio del *Ingenioso hidalgo* con el desenfado con que analizaríamos el libro de un escritor de nuestra talla, queda fuera de nuestros propósitos. Preferimos un silencio honrado á una exhibición ridícula, que ridiculez sería pretender descubrir bellezas del *Quijote* después de la inmensa pléyade de ingenios que le han consagrado su vida, ó señalar defectos nuevos á una obra colocada por el sentir unánime entre las más esplenderosas que el genio humano ha producido.

Asímismo cuanto implique recopilación de opiniones ajenas, por autorizadas que sean, queda proscrito de nuestro trabajo, pues ni el tiempo de que disponemos ni nuestro temperamento se aviene con tal linaje de escritos. Nuestra pluma escribe siempre nuestras convicciones personales, porque queremos que nuestros aciertos sean nuéstros y nuéstros también nuestros errores.

Queda sólo dentro de nuestro intento un tercer objetivo, en el que, sin pretender originalidad, difícil de conseguir en campo tan espigado como

el cervantesco, ni reducirnos á copiar autores, cabe perfectamente el desarrollo del tema, de acuerdo con la humildad, de verdad, de nuestras fuerzas.

Podemos releer una vez más el *Quijote* con atención, con método y fijarnos en los elementos realistas que Cervantes ha sembrado en él; podemos estudiar, para aprender, la transformación que la realidad *real* ha sufrido hasta convertirse en realidad *artística:* una nueva lectura desde un punto de vista nuevo á fin de darnos cuenta á nosotros mismos de esa fase de belleza en la que no nos habíamos detenido á pensar; una serie de reflexiones para nuestro uso; un homenaje de admiración más consciente que la del vulgo, tributado á la grandeza del «rey del arte naturalista». (1) Tal es el pensamiento que deseamos informe este trabajo; y esto no es mirar de hito en hito al escritor genial y hombrearnos con él, sino contemplarlo con grandísimo respeto y tratarle con la sumisión y acatamiento que su majestad merece.

Y esbozado así nuestro proyecto, y salvados los temibles escollos del preámbulo, sólo nos queda por explicar en esta introducción y con pocas palabras cómo entendemos el realismo literario.

(1) Menéndez y Pelayo.

Vive el poeta (1) en la realidad, y la realidad, ya sea la íntima y personal que forma parte de su propia conciencia, ya la objetiva y exterior que le rodea, actúa sobre él y excita su sentimiento de lo bello: de este modo, lo real es siempre el fondo de sus creaciones, pero no lo real en su conjunto íntegro, sino el elemento ideal, el alma de la realidad que al impresionar el espíritu del poeta sufre una transformación misteriosa y depuradora, mediante la cual la parte material se convierte en ideal, y la ideal se desenvuelve magníficamente, dando por resultado la obra de arte.

Transformación misteriosa y depuradora, he dicho, y lo es á no dudarlo: depuradora porque la superficialidad se excluye, lo superfluo se desecha, (2) y la belleza se condensa en el foco artístico; ¡y misteriosa también! Tanto como la metamórfosis del gusano que se arrastra y babea, en alada mariposa, *psique* vestida de luz y de colores. En este misterio *inexplicable*, lo que únicamente se percibe es dos tendencias: unas veces el poeta se complace en desfigurar la realidad, ya añadiéndole ventajas y perfecciones que en sí no tiene, ya empequeñeciéndola y aun queriendo prescindir de ella; otras veces, por el contrario, propónese seguirla fielmente para traducir

(1) Empleo esta palabra en su acepción más amplia, sin limitarla como es costumbre, al autor de obras versificadas

(2) Véase la frase de Miguel Angel en mi estudio sobre el *Simbolismo de D. Quijote y Sancho*.

con viveza la emoción estética que en él ha producido.

Mas ni el que la adorna ó la huye consigue sino desfigurarla, ni el que de ella se empapa logra reproducirla tal como ella es. La obra artística por sincera que sea (y si no es sincera, no será bella), no es obra de imitación ó copia, sino de interpretación. Tal sea ésta, tal será la creación poética. Y aquí es donde surgen los varios modos de interpretación llamados escuelas estéticas realista, idealista, clásica, romántica, etc., de cuyo análisis hemos de prescindir para no traspasar los límites fijos y precisos que nos impone el pie forzado del tema que desarrollamos. Tan solo haremos esta sencilla observación: siendo la realidad una y uno su elemento ideal, su alma, y siendo la obra, llámese clásica, romántica, etc., la misma realidad, mirada desde distinto punto de vista, tanto la creación artística ganará en belleza, cuantos más de estos aspectos parciales abarque, cuanto más comprensiva sea de estas tendencias que, una á una, significan limitación, é imperfección por tanto, antes que universalidad y excelencia. La obra, en suma, será más bella cuanto menos clasificable sea en una escuela determinada y más se adapte á los cánones estéticos de los diversos sistemas literarios.

El sentimiento de lo real y verdadero transportado á la literatura: tal es el dogma fundamental del realismo, dogma de todos los tiempos y de todas las literaturas, porque trasparentar la rea-

lidad en sus variados aspectos ha sido siempre el ideal del poeta, y pudiéramos añadir que el distintivo del verdadero poeta. El poeta de genio mira la realidad directamente, á través de su temperamento artístico, se apodera de ella, la trasforma idealizándola, mas sin desfigurarla, y la traduce tal como la concibe. El poeta vulgar no se inspira ya en la realidad viva, sino en las obras del poeta de genio; éste es *vidente*, ve la naturaleza más rica y de un modo más complejo; es aquél ciego y sordo; el uno crea una nueva naturaleza y nos revela más profundamente la antigua; el otro le imita, y, de imitación en imitación, llega á desconocerla y á secar esa fuente de inspiración de donde brotan las obras de arte más excelsas, olvidando y pervirtiendo la misión del poeta que es extraer la belleza del mundo y ponerla de manifiesto á nuestros ojos. «Así, para que el cristal puro y transparente del poeta pueda ser el espejo del universo—añade Juan Pablo Richter,—debe colocarse sobre el sombrío fondo de la vida; que son los hijos del espíritu como aquellos hijos del cuerpo, á los que los romanos hacían tocar la tierra para enseñarles á hablar.»

En este sentido, el dictado de realista es timbre de gloria, pues sólo contados poetas tienen esta clase de realismo que exige cualidades de genio excepcionales; mas entre ciertos escritores que han formado escuela (en oposición á la literatura noble, escogida y convencional de los si-

glos XVII y XVIII) y que unas veces se llaman realistas y naturalistas otras, el concepto del realismo se restringe, circunscribiéndolo á una cierta parte de la realidad, la más grosera, material y hasta repugnante. En este concepto, el realismo viene á querer ser la belleza literaria de lo feo, resultante de considerar la sensación como clave de la filosofía, de la vida y del arte.

Nosotros emplearemos esta palabra en su significación más noble y elevada, única, por otra parte, que conviene á la grandeza del *Ingenioso hidalgo* y al genio de Cervantes.

Con el criterio del realismo así comprendido vamos á estudiar la obra maestra de Miguel de Cervantes, viendo cómo en la acción general y en el sentido íntimo que á ella se atribuye, en la pintura de los personajes y en los sucesos que acaecen, en las cosas que se describen y en el lenguaje y estilo de los personajes ó en el que usa el autor cuando narra ó pinta, viendo, en suma, cómo en el conjunto y en los detalles se inspira Cervantes en el sentimiento de la verdad y realiza los tres ideales: *ars*, *natura*, *veritas*, que distinguen el arte legítimo del falso y de alquimia.

Acción general del Quijote

Aunque pudieramos prescindir de ella, por ser harto conocida, conviene á nuestro propósito recordar la trama del *Ingenioso hidalgo.*

Un hidalgo «de los de lanza en astillero», poco menos que pobre, entretiene sus ocios, que son muchos, leyendo libros de caballerías. El mundo artificioso y de pura tramoya que en los tales libros se pinta, poblado de héroes extraordinarios, y donde contínuamente ocurren sucesos inverosímiles, trastorna la cabeza del infeliz lector que en fuerza de leer disparates llega á tomarlos en serio y á creerlos como verdaderos; con tal fuerza se le meten en el cerebro, que da en la manía de imitarlos, y un dia se lanza al campo en busca de aventuras como las leídas, creyéndose caballero andante hecho y derecho.

El comienzo de sus proezas no tiene nada de halagüeño: armado caballero por un ventero y dos rameras, cae de su flaco rocin á los pocos momentos, y es apaleado por un mozo de mulas.

Del suelo lo recoge un vecino suyo que lo trae al pueblo, donde, lejos de escarmentar, convence á un pobre rústico vecino suyo para que le sirva de escudero, y de nuevo se torna á salir, mundo adelante, á desfacer entuertos, socorrer viudas y amparar pupilos: que tal es la alta misión á que se cree destinado. Toda la acción del libro se integra de las aventuras con que el hidalgo y el escudero topan, aventuras que dejarían de serlo si la locura de aquél no trocase los sucesos más corrientes en lances caballerescos extraordinarios.

Dos grandes amigos suyos logran volverlo al pueblo, haciéndole creer que está encantado: pasa en él larga temporada, reponiéndose con «cosas canfortativas y apropiadas para el corazón y el celebro», y de nuevo se torna á partir con su escudero, incorregible en su manía caballeresca. Y las aventuras vuelven á sucederse, prosaicas y disparatadas, en sí, extraordinarias y muy serias en el entender del hidalgo (**1**), hasta que vencido por el Caballero de la Blanca Luna (un amigo suyo disfrazado), molido de cuerpo, flaco y consumido, decide tornar al pueblo para hacer vida pastoril: unas calenturas le acometen y la vida se le va, á punto de entrársele en el alma la cordura para comprender que ha sido y estado loco de remate.

(**1**) Véase la nota correspondiente al final de este estudio.

Este es el esqueleto del libro inmortal, objeto de nuestras reflexiones.

Este esqueleto no nos daría mucha luz de la que aquí vamos buscando, relativa al cuerpo cuyas proporciones ha de determinar, si no se pusiera en relación con los propósitos de Cervantes al escribir su libro. Prescindamos de los múltiples móviles que los en demasía entusiastas del *Ingenioso hidalgo* le han atribuído, y tengamos por cierto que su intento no fué otro (al *idearlo*, no después) que el declarado por él mismo en el prólogo y al final de la obra: «poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías.»

Esto supuesto, nada más real que el argumento ideado por Miguel de Cervantes para conseguir el objeto que se propuso. (2) Los libros de caballerías, en punto á realismo, no vienen á ser otra cosa que el hacinamiento de mil sucesos disparatados, fantásticos sin fantasía, burdos de relato y pobres de invención, pese á todas sus maravillas, para glorificar el indomable, el sobrehumano poder, arrojo y valor de un muñeco de cartón vestido de caballero andante que pena de amor, de un amor todo finura, sosez y palabrería por una dama tan artificiosa como su amante.

Cervantes rompe con la tradición y la moda caballerescas, y es el primero que opone á tales invenciones una acción verosímil, corriente, real. (3) Un loco que se lanza al mundo á hacer vivir las ideas absurdas que se le han grabado en la des-

quiciada mente no tiene nada de extraordinario: si se les consintiera, todos los locos pondrían por obra sus locuras. Menos aún lo tiene que en sus correrías no tope con otras aventuras que las que él se imagina y busca, forzando á la realidad pasiva á oponérsele y combatirle, unas veces de veras y otras burla burlando. Tampoco es aventurado suponer que el loco, con tantas hambres y fatigas, enferme y muera, y que en el momento de la despedida suprema de la vida, al dar su adios al mundo, la lucidez se haga en su mente trastornada y éntre en ella el equilibrio mental, preliminar del equilibrio eterno de la muerte. «Yo tengo juicio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron, por mi amarga afición y continua leyenda, los detestables libros de caballerías. Yo conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño haya llegado tan tarde, que no me deje tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma».

Argumento es éste del *Quijote* flexible y dúctil, que deja libre la pluma para toda clase de cuadros y sucesos, sin que la coarten las exigencias de una acción artificiosa que repugna todo elemento supérfluo. Las aventuras de los libros de caballerías se suceden sin más ilación que el propósito del autor de amontonar maravillas sobre maravillas. La lógica de los acontecimientos se ve á cada paso forzada, y las leyes del tiempo y del espacio arrinconadas como embarazosas.

El argumento cervantesco, en cambio, no ofrece ninguno de estos inconvenientes; lanzado á la vida el héroe, la vida dará el lógico argumento, grande y amplio como la misma existencia que en él va á simbolizarse.

Cierto es que esta misma amplitud puede ir en perjuicio de la unidad de acción; cierto es, asímismo, como dice Don Juan Valera, que «Quítense lances, redúzcase el *Quijote* á la mitad ó á un tercio, y la acción quedará la misma. Añádanse aventuras, imagínense otros cien capítulos más sobre los que ya tiene el *Quijote*, y tampoco se alterará lo sustancial de la fábuba»; mas no es tampoco menos cierto, que la unidad del *Ingenioso hidalgo*—el mismo eminente crítico conviene en ello—no reside en la acción, sino en el pensamiento, en Don Quijote y Sancho hermanados por sus distintas locuras.

Por otra parte, el procedimiento de Cervantes no puede ser más natural y lógico (**4**) y á la vez más discreto y artístico. Las novelas caballerescas son ficciones de ficciones, cualquier lector medianamente culto lo comprende desde luego; mas hay lectores que devoran páginas y páginas como el enfermo las píldoras, sin apercibirse de su mal sabor. Para que el lector advierta lo desabrido del manjar que se le sirve dentro de esa envoltura de falsa poesía, menester es presentárselo desnudo y al natural, y eso hizo Cervantes, trasladar un caballero andante de las páginas de cualquier *Amadís* á un pueblo de la Mancha y dejarle obrar.(**5**)

De sus obras se deducirá de parte de quién está la verdad y el arte: del que ve lo bello de la realidad y sabe interpretarlo y ponérnoslo de manifiesto, ó del vestidor de maniquíes que no dejan de serlo por más que se nombren caballeros andantes y se llamen Artus ó Esplandianes.

Los contemporáneos de Cervantes y la posteridad han fallado el pleito en favor de la realidad que sale al paso á la ficción, la combate y..... la vence; porque la acción real de un hidalgo loco y de un escudero crédulo, ese argumento que parece tan vulgar, siendo originalísimo, (**6**) es mucho más interesante (aparte de otros méritos) que la más desatentada historia de caballerías y encantamientos, si la realza un genio tan portentoso como el de Miguel de Cervantes.

Llámase al poeta creador y lo es, en efecto, creador de belleza; pero lo que en las obras de arte más elevado crea, no es la esencia de las mismas, ésta lo toma de la realidad; lo que crea es el *valor* estético que da á tal esencia: con la misma acción, poco más ó menos, que la del *Ingenioso hidalgo*, los libros de caballería no merecen otro fin que la hoguera del Ama de nuestro héroe; «*Don Quijote*» es acreedor á la admiración y agradecimiento de todos los hombres.

¿Dónde está la causa de tan contrarios resultados? En el *valor* que atribuye el genio al elemento inerte, pero interpretable de la realidad. Así, Cervantes exhuma y transporta al libro una

realidad, la realidad caballeresca muerta y enterrada tiempo atrás y la opone á la realidad viva; da á aquella el valor poético que le corresponde, despojándola de cuanto la desfiguraba y afeaba en las monstruosas historias caballerescas y, del *valor* que logra dar al contraste de ambas realidades tan diversamente coloreadas, surge una novela que podrá no ser realista en el sentido literal de la palabra, pero sí soberanamente bella. (7)

A su excelencia han contribuído estos complejos y valiosos elementos, armónicamente fundidos y compenetrados los unos con los otros: el elemento realista, el elemento ideal y el elemento cervantesco, la sátira humorística de Cervantes. La acción del *Quijote* es real, es un pedazo de humanidad perpetuado en las hojas del libro de tan magistral manera, que conserva el perfume de la vida. En ese *universo poético*, el elemento ideal ocupa un lugar preponderante: Cervantes no se limita á copiar la naturaleza sin alma (para muchos, en esto estriba el toque del realismo); sino que derrocha los tres dones soberanos del poeta: (1) «la creación, que produce los tipos y que cubre de carne y hueso las ideas; la invención, que hace chocar las pasiones contra los sucesos y al hombre contra el destino, produciendo el drama; y la imaginación, que, como el sol, da claro oscuro á todas las partes, produce el relieve y da la vida». Y como si esto no bastase para inmortalizarle,

(1) Victor Hugo

acaba de sazonar el *Ingenioso hidalgo* con el aliciente del humorismo que le es propio, de la ironía acerada, fina y á la vez compasiva, que cae desde la altura inconmensurable de su genio, atraída por las ridiculeces y contrasentidos de nuestro bajo mundo.

Sentido íntimo

De muy varias maneras se interpreta el *Ingenioso hidalgo* por los que se dedican á la tarea de estudiar y criticar las obras literarias. Sin negar el propósito que el mismo Cervantes declara haber guiado á su pluma, sostiénese con razones más ó menos sutiles y convincentes: por unos, que su objeto fué escribir una sátira política con personajes tomados del natural y enemigos suyos; por otros, que pretendió ridiculizar á la nobleza española personificada en el héroe de su libro; éstos afirman que lo que pintó fué la esencia del carácter español; aquéllos creen que el pensamiento capital fué describir el idealismo en lucha con la realidad da la vida, dando formas plásticas á este combate sempiterno; sin que falte quien crea que es el *Quijote* una cruzada contra el entusiasmo (Heine), un libro encaminado á derribar el Papado y destruir el Anti-Cristo, y hasta un programa de liberalismo avanzado. Sea verdad uno de estos propósitos (ésta no es ocasión de

averiguarlo), ó seánlo la mayoría de ellos, que bien pudieran serlo, supuesto que la magnitud é importancia de la obra debe corresponder á la alteza del ideal entrevisto, todos, ó casi todos, atribuyen á Cervantes fines más ó menos transcendentales, fines, por decirlo así, docentes. A despecho de sus repetidas afirmaciones de que no tuvo otro intento que escribir una obra de imaginación y honesto entretenimiento, todos, cual más cual menos, siguen en sus trece, y no se apean de sus teorías por mucho que se les argumente y ataque. Y si la afirmación de los críticos no bastase, ahí está la obra viva para convencer al más romo de que no es sólo una sátira contra las menguadas fábulas caballerescas.

La idea inicial de Cervantes debió ser ésa, y aun cabe sospechar que fué su amor á lo caballeresco el que le puso la pluma en la mano: (**8**) así se deduce de la nobilísima contextura que atribuye al héroe y del cuidado con que en él recoge la materia poética difusa en los libros de caballerías (1); mas luego, y dentro ya del camino emprendido, pudo mudar de objetivo y ensancharlo, (**9**) ó, sin darse cuenta de ello, lo mudó y ensanchó de tal modo que el primitivo cuento satírico ascendió casi, y sin casi, á epopeya. (**10**)

Tales propósitos caen dentro del realismo literario no exagerado por tendencias de escuela ó empeños de falsa originalidad en el autor.

(1) M. y Pelayo.

El realismo exige á la novela ser traducción bella de elementos existentes en las diversas esferas de la naturaleza El escritor realista ha de apoderarse de la vida y de sus lances, y no de los extraños y raros, y por raros y extraños inverosímiles, sino de los usuales y corrientes; y ha de presentarlos al lector con sencillez, sin más adornos que los indispensables para hacer *ver* las cosas y los hechos. Mas, al describir la realidad, al copiar la vida, al presentar al lector el espejo donde vea cómo obra, cómo piensa y cómo vive, la novela realista es docente en el más elevado sentido de la palabra; instruye con las enseñanzas de la vida, educa con las lecciones de la experiencia: este fin es inherente al fundamento del realismo; en toda obra realista, hasta en aquéllas que, por desviar y limitar esa orientación estética, se llaman naturalistas, el fin docente es inseparable del artístico. Un ejemplo lo pondrá de manifiesto.

Escojo el de *Nanà*, novela donde el naturalismo sistemático de Emilio Zola, el escritor prototipo de los realistas más realistas, llega á su apogeo. *Nanà* es la historia de una *fille de joie* y del medio que rodea á esta clase de corrompidas criaturas.

Ni una sola vez el autor filosofa y moraliza; se limita á describir y contar lo que ve y lo que oye, sin servirse de otros elementos que los que la realidad le proporciona. Ningún propósito transcendental parece que guía á su pluma, sino el de

mostrarnos un aspecto de la vida parisien: pues á pesar de ello, la enseñanza está junto á esas descripciones crudas y sin velos, está en los hechos todos de la protagonista, mosca de oro que inocula en la sociedad que le rodea el virus que recogió en el muladar del vicio.

Otro tanto podría decirse, pero con mucha mayor razón, del *Ingenioso hidalgo:* suprímase el donoso y grande escrutinio de la librería del héroe, bórrense las diatrivas del Cura contra los libros de caballerías, táchense los discursos del Canónigo y las opiniones todas adversas á este género de literatura, dése por no puesta la explicación de Cervantes al comenzar y al terminar el libro: no por eso será menos evidente el propósito de satirizar los tales libros mentirosos y absurdos. Y por encima, y aparte de este *propósito de momento*, siempre aparecerá en las aventuras sin ventura de Don Quijote y Sancho una enseñanza continua, una filosofía honda y sujestiva, una interpretación genial de la vida humana, sintetizada en esos dos opuestos y complementarios tipos. (**11**) Es el alma del libro, la que le hace vivir y perdurar en el mundo de los hombres á quienes recrea y deleita y á la par enseña y educa.

Personajes del Quijote

El puesto de honor corresponde á Alonso Quijano el Bueno, confirmado D. Quijote de la Mancha por otra del ingenio de Miguel de Cervantes.

Don Quijote es un hidalgo tal y como los produce á cientos (á fines del siglo XVI) la meseta de Castilla: «complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro». Es el tipo castellano, distante por igual del hijo del norte, musculoso, sonrosado, abundante en carnes, y del oriundo de las tierras del sur, de cuerpo cenceño, flexible, todo nervios y viveza cuando se exalta, todo molicie y dejadez en la vida ordinaria. Esos son los rasgos predominantes del físico del héroe, pues Cervantes no es de los que dedican sendos párrafos á describir al por menor los personajes para que el lector los conozca: su *manera* se limita á escoger los caracteres más salientes del individuo, sin preocuparse de los secundarios que, lejos de especializar el tipo, lo harían confuso y sin relieve.

Durante el resto de la novela, añade de cuando en cuando alguno que otro rasgo para refrescar la memoria del lector: con el mismo objeto, en los comienzos de la segunda parte de su historia (Cap. XIV.) vuelve á describirlo para que no se olvide cómo es el caballero: «alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caidos». (1)

Si en lo físico no discrepa de sus conterráneos, en lo demás no ofrece tampoco nada de extraordinario y fuera de lo real: hombre de pocas ocupaciones, es gran madrugador y amigo de la caza; como no muy sobrado de fortuna, su pasar es modesto y su vestir sin lujos; vive en un lugar de la Mancha. ¿Quién había de vivir en los lugares de la Mancha, sino hidalgos del pelaje y catadura del cervantesco?

El hidalgo entretiene sus ratos de ocio, que son los más del año, leyendo libros de caballerías con tanta afición y gusto que olvida el antiguo ejercicio de la caza y la administración de su hacienda; vende muchas fanegas de tierra para comprar libros de los tales, se enfrasca tanto en su lectura que se le pasan las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio; y

(1) Acerca del realismo de este retrato, adviértese que Cervantes, al bosquejarlo, debió tener muy presentes los rasgos de su fisonomía, como se ve comparando la descripción de Don Quijote y la que hace de sí mismo en el prólogo de las *Novelas ejemplares*: «.....rostro aguileño.... cabello castaño..... nariz corva aunque bien proporcionada. ... los bigotes grandes.....»

así, del poco dormir y del mucho leer, se le seca el cerebro y viene á perder el juicio. Tal es el famoso, el nunca bastante ponderado y alabado Don Quijote de la Mancha: un loco.

En menos de dos páginas, Cervantes describe el físico del protogonista, el medio en que vive, su existencia desocupada y el proceso de su locura. Las pinceladas son, más que sobrias, las indispensables para que Don Quijote tome cuerpo y consistencia en la mente del lector; mas ¡qué valentía en los trazos! ¡qué vigor en los colores! Es un retrato inolvidable éste del hidalgo, completo, apenas esbozado. Lejos estamos de los refinamientos de ciertos autores modernos que, para pintarnos un personaje, rebuscan todos los rincones del idioma y van acumulando detalle sobre detalle para terminar por dar á luz un retrato incoloro é inexpresivo. El Velázquez de las letras españolas desdeña tales artificios: los rasgos típicos de cada individuo son en corto número: ellos son los que hay que fijar para lograr el parecido, y ellos son los que fija su pluma con inimitable soltura.

El hidalgo es un loco ¡y qué loco! No es un demente de los imaginados y de molde, en donde quepan las locuras que el autor inventa para contárnoslas; es un loco real, un loco con una forma de locura clasificada y estudiada al dedillo por los modernos alienistas.

Cabe hablar del loco Don Quijote—dice recientemente uno de ellos, además de médico, literato

de punta, (1) como podría hacerse de otro loco cualquiera, «redactando su historia clínica á la luz de la ciencia actual, empleando en su confección los mismos procedimientos y en su descripción el mismo estilo que en una historia clínica destinada á ser leída y comentada en la cátedra».

He aquí el resumen de este curioso estudio:

Antecedentes: se refieren á los que ya conocemos: patria, contextura, género de vida.

Signos morfológicos: dicen relación: al cráneo, cara, orejas, ojos, nariz, boca, tronco, miembros, piel y pelos: también los conocemos en su mayoría.

Síntomas somáticos: gran finura de oído y olfato; cierta frigidez y celibatismo.

Sueño: aparece profundamente transtornado en D. Alonso, antes de la locura y durante la locura: «del poco dormir... se le secó el celebro».

Síntomas psíquicos.

A.) Transtornos del lenguaje.—1.º Lenguaje mímico: Don Quijote es *hipermímico* ó hipersémico, es decir, un expansivo.—2.º Lenguaje hablado: *dislogia evidente.* 3.º Lenguaje escrito: no se conservan *detalles grafológicos.*

B.) *Actos morbosos:* como rasgos principales los apuntados por Morselli: falta de adaptación del individuo al medio, «y la disconformi-

(1) Doctor Ricardo Royo Villanova: *La locura de Don Quijote.*

Dignos de recordarse tambien son, el folleto de Hernández Morejón, *Bellezas de medicina práctica descubiertas en el Quijote,* y el extenso y profundo estudio del Dr. Pí y Molist, *Primores del Quijote.....* Ambos encomian y ponderan el realismo de la locura de Don Quijote.

dad entre su conducta actual y su conducta anterior».

C.) *Estado cenestésico:* exaltación del sentimiento de la propia existencia.

D.) *Transtornos psico-sensoriales:* ilusiones y alucinaciones.

E.) *Ideas delirantes:* la idea de que el mundo necesita de su invencible brazo; ideas de grandeza, mezcladas con otras de persecución, de defensa y de erotismo casto, (Dulcinea).

Causas de la locura: la lectura, *mucha, morbosa* y *sugestiva.*

Curso de la locura: año y medio aproximadamente, en total, contando los intervalos entre las dos últimas salidas: poco más de tres meses de locura en acción.

Esta es la historia. Con tales datos, dicta el Doctor Royo Villanova su diagnóstico: «La locura de Don Quijote es una locura cuya designación rigurosamente científica no aparece hasta cuatro siglos despues de haberla padecido Alonso Quijano, lo cual constituye un nuevo motivo de admiración para el libro inmortal». «Esta locura bien definida y determinada que se ajusta maravillosamente á la que padeció Alonso Quijano, es una paranoia crónica ó delirio sistematizado ó parcial de tipo expansivo, forma megalómana y variedad filantrópica».

Hasta aquí la ciencia psiquiátrica.

De ello resulta, que en la historia del *Ingenioso hidalgo,* Miguel de Cervantes, ya la sacase

toda entera de las profundidades de su genio, ya la apoyase en datos tomados de la realidad, fué un escritor de pura casta realista: (**12**) si la inventó, dióla vida con una fuerza de genio tal, que adivinó la *lógica* de una locura desconocida entonces para la ciencia; (**13**) si la copió del natural, fué el primer observador de una enfermedad no estudiada ni catalogada hasta cuatro siglos más tarde. No en balde el realismo se honra contando entre sus huestes al Rey de las letras españolas. (1)

No concluye aquí el tipo de Don Quijote: el caballero está enamorado de una labradora «de muy buen parecer»; su amor la transforma en Dulcinea, y á Dulcinea lleva en el corazón como antorcha ideal que guía sus pasos en la azarosa vida de caballero andante. Este rasgo del carácter del héroe, por desusado y artificioso que parezca, no es menos real y positivo. Dante existió, Dante no estuvo loco que sepamos, y Dante guardó toda su vida el amor ideal que le inspiró una chicuela, Beatriz Portinari. Y en cuanto á la transformación de Aldonza en Dulcinea..... todo enamorado de verdad realiza milagros semejantes sin tenerse por loco: toda Aldonza se convier-

(1) No es Don Quijote el único loco de la novela, lo está asimismo Cardenio. Acerca de este, escribe Pi y Molist en *Primores del Quijote*: «La locura de Cardenio fué una melancolía con delirio zoantrópico y accesos maniacos furiosos y dañinos..... ¿no es admirable que aun en pintar esta especie extraordinaria de locura estuviese tan acertado Cervantes».

El Doctor Pinel, médico de Bicetre (1771), reconoce en Cervantes una autoridad digna de ser consultada por los médicos. (Citado por Ríus en su *Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes*).

te en Dulcinea para el que la ama, aunque para los demás siga siendo Aldonza. (**14**)

Otro de los fundamentos del carácter de Don Quijote es el entusiasmo perenne que siente por el bien y la justicia, y la creencia de ser él el llamado á implantarlos en el mundo; y tampoco este perfil de soberbia grandeza desentona del fondo humano del hidalgo. Ráfagas de ese ideal cruzan por muchos cerebros, é innumerables son los que á fin tan alto se juzgan llamados. El que pocos persistan en tal empeño y el que Don Quijote lleve á la exageración su ideal caballeresco, no disminuye un ápice la naturalidad de este rasgo, uno de los más simpáticos de la naturaleza humana.

Don Quijote, en suma, es un documento humano (1) comprensivo y sintético, donde se condensan cualidades muy nobles y defectos de monta de los que la humanidad ofrece dispersos en gran número de individuos; defectos y perfecciones que Cervantes estudió del natural en su vida, más aventurera que la de su héroe. Si quisiera demostrarse en pocas palabras lo real y verdadero del tipo de Don Quijote, no hay sino observar que se aplica de contínuo en la vida de verdad que todos vivimos. Innumerable es la familia de los caballeros andantes; mas ¿quién bautiza á hombres vivos con el nombre de *Pal-*

(1) Tan humano, que, prescindiendo de las alusiones embozadas que á ciertas personas Lope de Vega, duques de Lerma, Béjar, Osuna y Medinasidonia, Caballero Sotomayor y Blanco de Paz hallan algunos en el Hidalgo, no falta quien opina que el modelo de Don Quijote es un pariente, no muy amigo de Cervantes, Alonso de Quijada y Salazar.

merín, *Florismarte*, *Galaor*, *Reinaldos*, *Olivante*, *Cirongilio* ú otro que tal? En cambio, á menudo confirmamos á una persona con el de *Quijote*, prueba de la semejanza grande que ofrece el tipo ideado por Cervantes con los hombres que Dios crió de carne y hueso. ¡Qué mayor realismo! (**15**)

Si se admiten grados de realismo, no vacilamos en afirmar que el escudero es aún más real que su señor D. Alonso (1) ¡Qué físico el suyo! Su cuerpo es el cuerpo deforme del hombre encorvado siempre hacia la tierra para arrancarle el sustento, (**16**) sin proporción ni gallardía, largo de zancas, corto de talla; su signo más característico es la barriga grande. No se detiene Cervantes á explicar otras menudencias, mas estas tres pinceladas son suficientes para que podamos evocar el personaje nosotros sus compatriotas, pues en cuanto á los extranjeros es atinadísima la observación de Humboldt, al afirmar que «quien no haya visto nunca un arriero español con el odre (la bota, debe querer decir) sobre la caballería, el asno, sólo se formará una idea incompleta de Sancho Panza».

El retrato completo de éste (Cervantes no vuelve á describirlo, si bien nos habla de sus barbas, gordura y pequeñez, al entrar en el gobierno de

(1) La figura de Sancho..... es una de las más naturales que jamás hayan sido creadas.—Abbé de Feletz. Ob. cit.

la ínsula) está en sus dichos y en sus hechos, que son los que le pintan de pies á cabeza.

El pobre villano, con muy poca sal en la mollera, es un carácter complejo é intrincado. Resumiendo las cualidades con que aparece en el curso de la novela, Sancho se muestra, según las ocasiones, pobre de espíritu y crédulo en demasía, al fiar en las promesas de su señor y al tomar en serio lo del gobierno de la ínsula; excéptico, al burlarse de las maravillas de la cueva de Montesinos y al no creer en encantamientos «donde interviene conocerse las personas»; golosazo y comilón en las bodas de Camacho; sobrio, hasta el extremo de conformarse con pan y cebolla, siendo gobernador; zafio y rústico en sus gustos y modales (dígalo su costumbre de *regoldar]*; ladino y discreto en las agudezas que contínuamente se le ocurren ó en las artimañas que inventa para engañar á D. Quijote sobre el encantamiento de Dulcinea; Sancho es cobarde para acometer (recuérdese su miedo al narigudo escudero del caballero del Bosque), valiente en la defensa si con él se propasan: «cogeré yo un garrote, y antes que vuesa merced llegue á despertarme la cólera, haré yo dormir á garrotazos de tal suerte la suya que no despierte si no fuere en el otro mundo, en el cual se sabe que no soy yo hombre que me dejo manosear el rostro de nadie»; egoista, que sólo se mueve por amor á la ínsula, y devoto de Don Quijote á pesar de habérsele asentado verdaderamente y sin escrúpulo

que es un mentecato: «No puedo más, seguirlo tengo. Somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiéreme bien, es generoso, dióme sus pollinos, y sobre todo, yo soy fiel; y así, es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y el azadón».

Estas opuestas cualidades se combinan en Sancho de modo tan natural que, mejor que rasgos contrapuestos, parecen ser consecuencia las unas de las otras, aspectos distintos de su carácter, según la luz con que se le ilumine. Quizá pudiera tachársele de demasiado sutil y agudo en ciertos casos, mas sus agudezas y sutilezas no son alambicadas, sino espontáneas y frescas, producto del natural ingenio, sin que la educación y la cultura intervengan para nada. Y aparte de esto ¡cuánto detalle de una verdad asombrosa!: su amor al Rucio y el grito aquel de «¡hijo de mis entrañas!» vale por cien páginas de psicología modernista sobre el alma campesina; la respuesta que da á la invitación de su señor para que coma en su plato y beba donde él bebiere, en la cena con los cabreros, no tiene precio: «¡Gran merced! dijo Sancho, pero sé decir á vuestra merced que, como yo tuviese bien de comer, también y mejor me lo comería en pié y á mis solas, como sentado á par de un emperador.....»; la resistencia á sentarse delante de la Duquesa y el levantar los doseles, temeroso de que Don Quijote descubra los enredos escuderiles, la exclamación que le arranca la bondad

del vino de la bota de Tomé Cedial, su compadre, aquel su refrancar continuo... .; todos estos rasgos y mil más son de una verdad y de un realismo encantadores.

Desde este punto de vista, el tipo de Sancho revela mayor arte é ingenio en su ejecución que Don Quijote: mérito grande es saber sostener al hidalgo sin que decaiga un punto de su nobleza, fluctuando entre la demencia y la cordura (1); pero, al fin hay en él resortes poéticos que manejados por la diestra mano de Cervantes son de seguro efecto; mas el mérito sube de punto y toca en lo extraordinario, si se piensa en lo difícil de idealizar tipo tan prosáico y vulgar como el de un pobre rústico «de villana y grosera tela tejido», cuyas cualidades, miradas una á una, son de un valor estético poco menos que nulo.

Larga es la galería de tipos masculinos del *Quijote*, como que los hay en él de todas las clases sociales de la época, y en todos ellos se muestra Cervantes el escritor realista que va escogiendo y documentándose en medio de la vida mundana: (**17**) venteros, cuadrilleros, mozos, enamorados, estudiantes, bachilleres, clérigos, caballeros, barberos, magnates..... todos han sido *vistos* y descritos, no inventándolos, sino *recordándolos;* de aqui que cada uno tenga la

(1). La razón unida en el recóndito y majestuoso albergue de su locura.—Wordsworth

fisonomía propia, el relieve correspondiente. La falta de espacio nos impide detenernos en su estudio.

No menos abundante es la série de tipos femeninos qne hermosean el *Ingenioso hidalgo*, y no menos que en los de hombres excede Cervantes en describir mujeres, ofreciendo ejemplos de varias clases y condiciones: (**18**) Dulcinea ó Aldonza Lorenzo, labrdaora idealizada por Don Quijote; exagerada por Sancho y sin aparecer directamente en la novela; Mari-Gutiérrez ó Teresa Cascajo, juiciosa y hombruna esposa de Sancho; Marcela, suelta, altiva, casquivana, enamorada de sí misma; la discreta, fiel y avisada Luscinda; la villana Dorotea, casera, recatada y engañada por las promesas de Don Fernando; Camila, bondadosa y honrada antes de ser víctima del Celoso impertinente y luego sagaz y astuta para despistar á su marido y cumplir su gusto; Zoraida, la enamorada de *Lela Marién* y del capitán Rui Pérez de Viedma; Clara, sencilla, rebosando candor infantil; la descarriada Leandra, juguete del soldado Vicente Roca; Quiteria la prometida por interés de Camacho el Rico; Altisidora, traviesa y burlona; Ana Félix, la morisca; Claudia vehemente y vengativa; son ejemplos del profundo estudio de Cervantes en materia femenina y agotan, ó poco menos, las variedades que el tipo mujeril ofrece. Si hay en el mundo quien se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condición mudable de la

mujer, es Cervantes que se la sabía de memoria en todas sus manifestaciones é hizo alarde de sus conocimientos, pintando en un solo libro desde la ramera fea y zafia, hasta la Duquesa fina, cortés y amiga de burlas; desde la gracia infantil de Doña Clara, la hija del oidor, hasta la pasión violenta que no se detiene ni en el crímen, de Claudia. No obstante, el tipo predilecto de Cervantes es el de enamorada; por eso abundan en el libro las doncellas de corazón tierno. Plácele la hermosura y hace á casi todas sus damas hermosas; pero adviértase este detalle, no las pinta, lo que pinta de manera inimitable es la fealdad de la mujer fea ya se llame Maritornes, ya Clara Perlerina. (1)

(1) Insistiremos sobre este punto al tratar del estilo y lenguaje de Cervantes.

Realismo de las cosas

El núcleo de la novela constitúyelo, á no dudarlo, Don Quijote, la historia de sus aventuras lo que al autor y á los lectores interesa. Las cosas, y entiendo por cosas todo lo que no se refiere á las personas, sólo tienen valor accesorio; son el fondo en que se mueven los héroes, fondo inerte, pasivo, en el que Cervantes no fija la atención apenas.

La escuela realista y más que ella la naturalista, atribuyen al *medio* una importancia de primer orden; de aquí el afán descriptivo y el emplear trabajo no pequeño en dar vida á ese *medio*, en metérnoslo por los ojos, en procurar suscitar en nosotros sensaciones parecidas á las que en la realidad nos produce. Cervantes no gusta de semejantes procedimientos: Don Quijote vela sus armas en el corral de la venta, mas no se puntualiza cómo el tal corral era, lo que de seguro se nos hubiera dicho con todo género de pormenores, á tratarse de un escritor

de nuestros días; Don Quijote, para buscar dineros, vende una cosa, empeña otra y malbarata todas: Cervantes se calla qué cosas eran y cómo realizó sus empeños y malbaratamientos; los molinos de viento, con ser parte principal de una espantable aventura, no son más que mencionados; habla de prados llenos de fresca yerba, por donde corren arroyos apacibles y frescos, pero no hace más que evocarlos.....; en suma, Cervantes es sobrio en las descripciones, tanto como es detallado y exacto en la narración de los sucesos que forman la intriga de su libro. Cuando le viene en gana describrir, pone las descripciones en boca de un personaje; así el famoso manchego describe hermosamente la edad de oro, con todo género de ponderaciones la hermosura de Dulcinea, y, al por menor, los ejércitos que á él se le figuran ser las dos manadas de carneros, pero es Don Quijote quien describe, no Miguel de Cervantes. (**19**) Tal vez éste, tan parco en hablar de lugares y tiempos, estimase liviano y baladí pararse en tales minucias; pero lo cierto es que pinturas de cosas no abundan en el *Ingenioso hidalgo* y las que hay no pecan de extensas. Y no es que su genio careciera de recursos para animar la naturaleza muerta y darle el colorido adecuado, no: recuérdese la descripción del camastro de Don Quijote en la venta: «cuatro mal lisas tablas, sobre dos no muy iguales bancos, y un colchón que en lo sutil parecía colcha llena de bodoques, que, á no mostrar que eran de

lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada, cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdería uno solo de la cuenta». Quien de tal modo describe, es un maestro consumado en dar vida á los objetos por vulgares é incoloros que sean. Si no multiplica los ejemplos, ella obedece á un plan sistemático por el que debemos estarle agradecidos, pues la manía de amontonar descripciones y de intercalarlas á cada paso, alarga la narración y rompe el hilo de las ideas.

No mucho más que la naturaleza muerta, place á Cervantes describir los animales; sólo por excepción nos habla tal cual vez de Rocinante, y únicamente en obsequio á la importancia que el caballo de Don Quijote y el rucio de Sancho tienen, les dedica aquellos dos párrafos del capítulo XII de la Segunda Parte, donde describe el rascar mutuo de las bestias y la amistad nunca desmentida que ambos animales se profesaban.

Lances y episodios

En oposición á los libros de caballerías, donde lo imposible y absurdo dominan en absoluto, el *Ingenioso hidalgo* se compone de un encadenamiento lógico de hechos verosímiles todos, y, más que verosímiles, vulgares, de ésos que aun hoy podemos encontrar á la vuelta de cada esquina.

Si el crítico, aunque admirador sin restricciones de la obra cervantesca, ha de ser sincero, menester es hablar por separado de cada una de las dos partes en que se divide *Don Quijote;* porque, sin dejar de ser imitador de la naturaleza en las aventuras quijotiles, como lo es en los personajes que para ello ha imaginado Cervantes, adviértese fácilmente que el realismo de la primera parte, es muy distinto del que usa en la segunda, como vamos á intentar probar con ejemplos.

Lánzase Don Quijote al campo de Montiel á vivir la vida de caballero andante en una época

en que ya no existen tales caballeros: la vida ficticia y de leyenda que el hidalgo lleva en los vacíos aposentos de la cabeza ha de encontrarse por fuerza con la vida que viven las demás gentes. Este encuentro en sus múltiples fases, descrito y pintado con la maestría que da el oficio de las letras á un génio como el de Cervantes, contituye la Primera parte del *Quijote*.

El lance de Haldudo y Andresillo, el molimiento de Don Quijote por el mozo de mulas de los mercaderes y la recogida del maltrecho hidalgo por su vecino Pedro Alonso que se lo trae al pueblo, forman el prólogo de sus aventuras; aventuras en serio, aventuras de buena fe, y por ello repletas de ese cómico transcendental llamado humorismo en que tanto sobresale Cervantes.

En la segunda salida de nuestro loco, las aventuras siguen siendo de veras y causadas por la locura de Don Quijote, empeñado en que la realidad es la de *Amadís de Gaula* ó *Tirante el Blanco*, no la indiferentísima y corriente que le rodea: alanceamiento de molinos de viento, asalto de pacíficos religiosos y señoras, feroz combate con el vizcaino, encuentro con los desalmados yangüeses, noche toledana en la venta, manteamiento de Sancho, batalla con los carneros, lance de los batanes, conquista del yelmo de Mambrino, liberamiento de los galeotes, vida en Sierra Morena, aventura de los disciplinantes: todos estos sucesos de la Primera parte no tienen preparación ni artificio; es la locura de Don Qui-

jote la que los crea y les da sabor romántico. (**20**) Así, el efecto que en el lector producen es enorme: el humorismo de Cervantes empapa los acontecimientos de un tinte irónico que, sin desfigurarlos, los hace más sabrosos. Cervantes narra sencillamente de manera doble cada lance: como es en sí, por cuenta propia; como la demencia del héroe se los pinta, por boca de éste. (**21**) No excita la curiosidad, ni menos pretende engañarla: verdad que en todas las aventuras quijotiles, lo que nos interesa es Don Quijote, la realidad con que lucha Don Quijote.

Otros sucesos hay en esta Primera parte que merecen especial estudio.

La aventura del *cuerpo muerto*, que la mayoría de los críticos, siguiendo á Navarrete, dice referirse á la traslación de los restos de San Juan de la Cruz desde Ubeda á Segovia, es, según esto, un suceso poco menos que histórico que Cervantes aprovechó como muy á propósito para poner de manifiesto el denuedo de Don Quijote, á quien no infundían pavor los espectáculos más imponentes. No obstante, desde el punto de vista artístico, este acontecimiento sale del cuadro general de los que la novela encierra. Don Quijote se las há de continuo con vivos, pero un corazón tan magnánimo como el suyo no se metiera de seguro con muertos á saber que de muertos se trataba, idea que le vino enseguida á las mientes no bien divisó el fúnebre aparato: «Figurósele que la litera eran andas donde debía de ir algún

mal ferido ó *muerto* caballero, cuya venganza á él sólo estaba reservada». Para hacer el lance verosímil, tiene Cervantes que preparar *ad hoc* la tramoya y escena: la noche oscura, las teas humosas, lo encamisado de los conductores del cadáver. Aun así, con estos preparativos, la aventura choca; el humorismo de Cervantes, su piadosa ironía, está ausente en toda ella; su recuerdo apenas perdura en la imaginación del lector. Es un lance demasiado serio, y tan extraño, á pesar de recordar un sucedido, que se impone la conjetura de que el autor echó mano de él con propósito distinto del puramente artístico.

No es pues de extrañar que el ingenioso cervantista Don Nicolás Díaz de Benjumea crea que en ese lance pretende Cervantes recordar, no la traslación del Santo, muerto «de calenturas pestilentes», sino la de Don Juan de Austria, que si se achacó á la misma enfermedad, también hubo sospechas de que murió envenenado por orden del Rey, su hermano. Sea de ello lo que quiera, y sin dar crédito á Benjumea, tampoco el erudito Navarrete, nos satisface: la aventura desentona del género de la novela de Cervantes y del realismo humano que tanto abunda en ella.

La aventura del cuerpo muerto, comparada con la descomunal batalla de los cueros de vino, prueba que el realismo no consiste únicamente en la reproducción de escenas reales, sino en escoger, de entre las reales, las *representativas*,

adecuadas al fin que se persigue. La batalla de los cueros de vino tinto, sospechan los críticos que fué sugerida á Cervantes por aquella anécdota que se cuenta de Carlos V, el cual, de muchacho, dice su biógrafo, conde de la Roca, acometía espada en mano á las figuras armadas de los tapices. (1) Ello podrá ser verdad, pero desde el punto de vista del realismo, es más real pelearse sonámbulo con pellejos de vino, que no despierto con figuras de tapices. Para tomar figuras de tapices por personas vivas, se necesita una fuerza de imaginación apenas concebible y que se explica con grandísima dificultad. Batallar con cueros de vino, en las condiciones que Cervantes supone, es mucho más llano y hacedero: «Estaba en camisa..... en el brazo izquierdo tenía revuelta la manta de la cama..... y en la derecha desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes..... Y es lo bueno que no tenía los ojos abiertos porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fué tan intensa la imaginación de la aventura que iba á fenecer, que le hizo soñar que ya había llegado al reino de Micomicón, y que ya estaba en la pelea con su enemigo; y había dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino: lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo, que arremetió con Don Quijote.....; y con

(1) Tambien pudo Cervantes inspirarse en Apuleyo, si es que no inventó por sí mismo la aventura, como es lo probable.

todo aquello, *no despertaba* el pobre caballero, hasta que el Barbero trujo un gran caldero de agua fría del pozo, y se lo echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual *despertó* Don Quijote».

Lance semejante á éste es el de la pelea que riñe el hidalgo con las figuras del retablo de Maese Pedro: (1) aquí el héroe está despierto, pero la retahila del muchacho, contando la historia de Melisendra y D. Gaiferos, le ha lanzado en plena locura quijotesca; y en plena locura acuchilla sin piedad á «la titeretera morisma». La demencia hace posible el disparate. Y en ambas aventuras, la ficción supera en realidad á la realidad misma; en ellas, Cervantes acredita lo penetrado que estaba de la psicología de Don Quijote y su tendencia á apoyarse en la verdad para sus creaciones.

Dos acciones hay en la Primera parte, que, sin dejar de ser bellas, ofrecen un realismo un tanto inferior: aquélla en que Maritornes echa un lazo corredizo con el cabestro del Rucio á la mano de Don Quijote y lo tiene colgado de un agujero, y el encantamiento del hidalgo en una carreta de bueyes, por obra y traza del Cura y del Barbero, sus grandes amigos.

Escenas son éstas naturalísimas y nada inverosímiles, supuesta la crédula bondad del invencible manchego y aquella su alma repreta de visiones caballerescas, donde las damas per-

(1) Aunque pertenece á la Segunda parte, lo mencionamos aquí por la analogía que con el anterior tiene.

didamente enamoradas se contentan con besar la mano de su caballero, y los encantadores y encantamientos abundan que es un primor; pero en ellas se ve la mano de Cervantes ordenando la tramoya y preparando el efecto. En las demás aventuras, es la realidad la que suministra materia artística al chocar con la acalorada mente de Alonso Quijano; en éstas, es el autor quien obra, en una de ellas para hacernos reir, en otra para tornar Don Quijote á la aldea.

La Primera parte del *Quijote* ofrece pues, excepto en dos de sus aventuras un realismo tan elevado, que el escritor se eclipsa y las escenas aparecen como consecuencia necesaria del carácter del héroe: el lector ve que las cosas sucedieron así y no pudieron suceder de otro modo. La fecunda imaginación de Cervantes se identifica con la naturaleza; su inventiva parece copia, y su arte inimitable, el de un narrador ameno que refiere episodios ciertos.

La Segunda parte del *Ingenioso hidalgo* es más rica y variada, supone mayor fantasía, más destreza en el manejo de los elementos novelescos, tal vez más arte literario; mas yo, teniéndola por bonísima desde luego, he de hacer algunas salvedades en lo tocante á su realismo.

Aventuras hay en ella, como la de la carreta de la muerte, descenso á la cueva de Montesinos, con sus insuperables visiones, Maese Pedro y su retablo, el barco encantado, atropello de la manada de toros y pateamiento de cerdos, que

no van á la zaga en naturalidad á las mejores de la Primera parte, y en las que el contraste cómico entre el pensamiento de Don Quijote loco y la realidad de la naturaleza *cuerda*, hace brotar raudales de humorismo. Porque para nosotros, no tiene vuelta de hoja: nunca Don Quijote es tan Quijote y Cervantes tan genio, como en aquellos episodios en que éste se impersonaliza y objetiva: un molino de viento que gira, un loco que lo acomete como á feroz gigante, y una soberbia caída de caballo y caballero: arte, naturalidad, verdad, todo junto, y lo maravilloso del genio: contar absurdos que no lo parecen. En esto, puede afirmarse que nadie ha llegado á donde llegó Cervantes.

Mas en otros lugares de esta Segunda parte, *el rey del arte naturalista* se muestra como hábil componedor de cuadros, diestrísimo director de escena únicamente: díganlo las burlas que en la casa del Duque (y después en Barcelona) se hacen al caballero, el viaje de Clavileño, las travesuras de Altisidora. Todos ellos son pasos de comedia, pasos regocijados, artificios de gente desocupada; en todos ellos Don Quijote sigue siendo el ingenioso hidalgo, (**22**) pero la realidad sólamente lo es en apariencia, realidad de tramoya, preparada y dispuesta para burlar á un pobre hombre y rematar de enloquecer á un demente. La graciosa invención de Clavileño (parodia afortunada del hipógrifo y demás caballos fantásticos de los libros de caballerías), por ejemplo, estriba en la

venda que cubre los ojos de Don Quijote y Sancho: imagínese que la venda cae; hidalgo y escudero se percatan necesariamente del engaño y..... ¡adios risas burlonas!

Tal vez se deba ello á la especialidad del temperamento, pero los *hospitalarios* Duques, la *discreta* Altisidora, los criados..... todos cuantos intervienen en estas mascaradas y pantomimas, me son profundamente antipáticos: los encuentro necios y crueles. (**23**) El propio Cervantes lo dice, al relatar el feliz término del descomunal combate entre Don Quijote y el lacayo Tosilos: «Aclamaron todos la vitoria por Don Quijote, y los más quedaron tristes y melancólicos de ver que no se habían hecho pedazos los tan esperados combatientes». Y más adelante añade, refiriéndose á los Duques «que tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados, y que no estaban los Duques, á dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponían en burlarse de dos tontos».

Este modo de pensar me lleva á encontrar superiorísima la tremenda derrota del Caballero de los Espejos: no bien aparece en escena con su escudero, barrúntase una burla preparada al valeroso manchego, y se barrunta además una nueva caída y un nuevo molimiento de huesos; los puños de Don Quijote y los arrestos de Rocinante no consienten presumir otra cosa. Mas cuando, por arte de la casualidad, vemos vencedor á Don Alonso y á su contrario en tierra, y

sabemos que es el propio Sansón Carrasco; al ver al burlado en salvo y al burlador maltrecho, el contento del lector no tiene límite. Nos divierten las burlas, pero nos divierte más reirnos de los burladores... burlados.

Otra aventura hay en esta Segunda parte que (¡perdón, oh, Cervantes! y ¡misericordia ¡oh, cervantómanos!) no me agrada, más claro, no me parece del todo digna de Cervantes, la aventura de los leones. Basta leerla despacio para comprender que es de relleno. En efecto, no es verosímil que un presente del Rey, la pareja aquella de enormes leones, vaya sin más custodia que carretero y leonero; más inverosímil es que los conductores, por temor á D. Quijote, se decidan á abrir la jaula del león macho y que el leonero, hombre cuerdo, diga: «yo seguro estoy que no me han de hacer daño»; y el colmo de lo imposible, que un león excitado por el traqueteo del carro y hambriento saque la cabeza fuera de la jaula, mire á todas partes «con los ojos hechos brasas», vuelva las espaldas, enseñe sus traseras partes á D. Quijote y con gran *flema y remanso* se torne á echar en la jaula. No, la aventura es de relleno: tomárala el autor de la historia de Carlos V, entretenido de mozo en burgar y molestar á leones enjaulados, ó inventárala Cervantes, es inverosímil y absurda. Mejor creería yo las maravillas que vió el héroe en la cueva de Montesinos, que en la verdad de estos leones y de estos leoneros tan temerosos y obedientes á Don Quijote.

El gobierno de Sancho en la ínsula Barataria merece párrafo aparte. Este precioso episodio, que con justa razón entusiasmaba á Herder, no tiene desperdicio. Todo en él es digno de alabanza, comenzando por la manera naturalísima de hacer á Sancho gobernador para que éste satisfaga sus ansias de riqueza y poderío. En los juicios de Sancho, sobre todo en el del viejo de la cañaheja y en el de la doncella esforzada y no forzada, se resume toda la sabiduría popular y su espíritu justiciero rebosante de sutileza y picardía; el relato del labrador de Miguel Turra, con la pintura que hace de su hijo y de Clara Perlerina, es graciosísima muestra de cómico burlesco; la comida del Gobernador, de lo más regocijado; y la ronda nocturna, un acabado cuadro de la época.

Mas el secreto de su principal encanto no está en nada de lo apuntado. El gobierno de la ínsula es de burlas, los Duques ponen á Sancho de gobernador en uno de los lugares de su señorío para reirse á costa suya; envían al cronista con el encargo de escribir punto por punto sus hechos de mentecato y sus agudezas de discreto..... Y Sancho habla con muchísimo seso y obra como si Minerva le estuviese inspirando. «Dice tanto vuesa merced, señor Gobernador, dijo el mayordomo, que estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como vuesa merced (que, á lo que creo, no tiene ninguna) diga tales y tantas cosas, llenas de sentencias y de avisos, tan fuera de

todo aquello que del ingenio de vuesa merced *esperaban los que nos enviaron* y *los que aquí venimos*. Cada día se ven cosas nuevas en el mundo: las burlas se vuelven en veras y los *burladores se hallan burlados*».

¡Ah! ¡Cómo al leer este pasaje nos reímos del Duque y su pandilla! ¡Y cómo nos reiríamos de ellos, ante el rasgo de genial humildad sanchipancesca, de la renuncia del gobierno, y ante el lírico apóstrofe al Rucio, si la supuesta batalla, que al sacrificio le decide, no fuera tan brutal y lacayuna! Así me explico yo el regocijo que me inspira este episodio, en el cuál Cervantes hace derroche de *humanidad*, de gracia y de burla *invertida*, reuniendo un mosáico de bellezas tomadas de la realidad, más que viva, sangrante, y haciendo de este realismo el vehículo de sus ideas levantadas y de la sátira bénevola é indulgente que compadece el mismo objeto de sus burlas.

El mérito de esta Segunda parte ha sido muy controvertido. Véanse las opiniones de literatos y filósofos: (1)

Quintana: «Con esta producción (Segunda parte del *Quijote*), uno de los más bellos frutos del ingenio humano y *la más sobresaliente* de nuestra literatura, el autor, excediéndose á sí propio, acabó de echar el sello á su reputación y terminó su carrera».

(1) Ob. cit.

Navarrete: «La Segunda parte del *Quijote* es la producción más perfecta que dió á luz Cervantes y la que por esta razón debe servir de regla para medir la elevación de su ingenio».

Schlegel combate á los que opinan que la Segunda parte del *Quijote* es inferior á la Primera. «La injusticia de este aserto aparece en el mismo instante en que uno se hace cargo de la relación de esta parte con el todo».

Ticknor: «La Segunda parte del *Don Quijote* la juzgamos superior á la Primera..... El estilo y hasta la materia son más felices y la ejecución más acabada».

Lemcke: «La Segunda parte fué recibida aún con mayor aplauso que la Primera, pues la sobrepuja tanto en riqueza de ideas, como en delicadeza de ejecución».

Furne: «En la Segunda parte, las facultades maduras del autor aparecen todavía con mayor esplendor».

Alcalá Galiano: «La Segunda parte del *Quijote* inferior en invención, superior en corrección á la Primera».

Schelling: «En la Primera parte de la obra se trata lo ideal sólo de una manera natural realista;..... el ideal del protagonista tropieza sólamente con el mundo ordinario y con sus evoluciones ordinarias; en la otra Parte se mistifica... Verdad es que la mistificación va hasta lo doloroso, hasta lo grosero».

Goethe: «Mientras el héroe vive de ilusiones es

romántico; tan pronto como meramente se le burla y mistifica, cesa el verdadero interés».

Gubernatis: La Segunda parte de *Don Quijote* es quizá menos briosa y cómica que la Primera parte, y algo más cansada, como suele acontecer con las segundas partes de las obras maestras; pero tiene más riqueza de accidentes de observación y de fuerza crítica. La Primera es más fresca, más inspirada: es la obra de un genio verdaderamente creador, mientras que en la Segunda prevalece la reflexión».

Braunfels: «La Segunda parte del *Don Quijote*... no podría añadir nada á la gloria del poeta, satírico, humorístico, conocedor de la humanidad y pintor del corazón, que ya no le hubiera granjeado su Primera parte».

Difícil es decidirse después de oir tan encontradas y terminantes opiniones: por eso nosotros hemos formado la nuestra antes de escuchar á sus mantenedores: si los hemos consultado, ha sido para ver con cuál de ellos coincidiamos, y coincidimos con Goethe y Gubernatis. Desde el aspecto realista, la Primera parte supera á la Segunda; desde el artístico, la Segunda aventaja con mucho á la Primera.

El realismo de Cervantes brilla no sólo en los episodios integrantes del libro, sino en otros de menor cuantía, donde echa mano hasta de lo escatológico en fuerza de quererser verdadero: tráiganse á la memoria el recuerdo de los efectos que el bálsamo de Fierabrás causó al escudero y aun

al caballero andante, después de la batalla carneril; los preliminares de la aventura de los batanes y el comienzo de la de los leones, entre otras muchas. En factura y colorido, no tienen que envidiar á las páginas más realistas de nuestra época, sólo que las aventajan mil veces: los realistas contemporáneos respiran el tedio de la vida por todos sus poros, Cervantes, optimista, dora é ilumina los cuadros más bajos con su ironía risueña y esperanzada.

Réstanos por estudiar en este apartado esas acciones sueltas que el autor encaja en la novela para darle variedad, y más ó menos relacionadas con la acción principal ó sin ninguna relación con ella, que llamaremos episodios secundarios.

Todos ellos, dentro de lo vario de sus argumentos, están cortados por el mismo patrón: la historia de Marcela y Grisostomo (deteniéndome en el detalle «vieron..... bajaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos y coronados con guirnaldas, que, á lo que después pareció, eran cuál de tejo cuál de ciprés»), la de Cardenio, Luscinda, Dorotea y Don Fernando; como la del Curioso impertinente, y la de Zoraida, y la de Doña Clara, y la de la hermosa morisca, y la de las bodas de Camacho el Rico con el suceso de Basilio el Pobre, merecedora por sí sola de todo un capítulo que aquí no se le dedica por falta de espacio; en todas, el resorte principal es el amor que domina y manda con absoluto imperio. Enorme fuerza tiene en la rea-

lidad el amor, y no sería bien excluir del realismo los episodios y cuentos de amores; pero no por ello, sino por otros datos, me abstengo de asignar á dichos relatos procedencia realista. Aquellas mozas andariegas, todas soberamente bellas y discretas, enamoradas como tórtolas; aquellos caballeros que se vuelven locos ó se disfrazan de mozos de mulas por obra y gracia del amor de su dama, ó ablandan y mudan en bonísima la perversa intención que tenían, como Don Fernando, ó se escapan del cautiverio en compañía de una doncella mora ó recurren á estratagemas, como la del astuto Basilio; aquel darse cita en las espesuras de Sierra Morena ó en la fementida venta; tiene un sabor idealista y romántico marcado. (**23**) No es imposible que la realidad ofrezca cuadros semejantes, y Cervantes, que vió mucho y viajó más, bien pudo recoger en su vida aventurera cuentos é historias como las de estos episodios; pero la hechura, el tono, el imperio de una pasión que no se analiza y que es la base de todos los argumentos, *Deus est machina*, distingue á las claras el procedimiento que ha dado en llamarse romántico, aunque en tiempo de Cervantes nadie hubiera hablado de semejante escuela. Y el clasificarlos de este modo, no arguye que se tengan por inferiores al resto de la obra, ni mucho menos. (**24**) No hay mas que un arte bello, el de crear belleza, y ése es el que siempre tuvo Cervantes.

Estilo y lenguaje

Pide el realismo literario que el lenguaje sea instrumento dócil capaz de traducir la impresión que produce el objeto descrito. El lenguaje es siempre descriptivo, puesto que es el único medio de describir que en la literatura existe: narre hechos, analice caracteras, pinte cosas, el lenguaje ha de ser transparente, ha de transparentar la idea poética y con cuanta más luz la ilumine y muestre al lector, tanto mejor habrá llenado su cometido. No se proscriben los adornos y floreos, no se destierran las figuras que dan calor á la palabra; en una obra realista cabe todo ello, mejor dicho, es indispensable; lo que pide el lenguaje realista es propiedad y precisión en los términos descriptivos, verosimilitud en el lenguaje de los personajes. Cada cosa tiene su rasgo típico y su palabra característica para expresarlo: como elemento de fondo, el realismo

exige exponer aquel rasgo, y, en cuanto á la forma, acertar con esta palabra. Cada hombre, y mejor cada momento de la vida de un hombre, tiene en la realidad su lenguaje especial; la escuela realista se preocupa de traer á la obra literaria ese lenguaje y de no desfigurarlo de tal modo que venga á estar en oposición con la psicología del personaje y con la psicología del momento. Para el realismo no hay palabras nobles y plebeyas; no hay más sino saber usar de todas oportunamente.

Unicamente repugna, y repugna bien, el adjetivo huero, la palabra inútil, la flor de trapo efectista; tan sólo abomina el sacrificio de la tersura de la idea al redondeamiento de la frase atildada, y tal vez el escamoteo de la idea misma; la sustitución del placer intelectual por el arrullo del oído, como si el lector fuera un niño á quien se mece y acalla con el cantar sin palabras de su nodriza.

Rico sobre toda ponderación es el lenguaje que emplea Cervantes, el más copioso de todos los escritores, si se exceptúan Lutero y Shakespeare (1) (y aun esta excepción no está unánimemente admitida ni lleva trazas de estarlo), por lo que se halla en inmejorables condiciones para ser realista en el sentido más elevado del vocablo, ó sea para dar á cada cosa el nombre expresivo y gráfico, no para servirse de términos

(1) D. Eduardo Benot.—*¿Qué es hablar?* Discurso de recepción en la R. A. Española.

groseros y crudos, que así se entiende hoy por muchos el lenguaje realista de las obras de arte.

Merece observarse en el lenguaje y estilo de Cervantes, como en el de cualquier otro escritor, dos elementos cuya diferencia es bien perceptible; el elemento permanente, humano, y el histórico ó transitorio. Entiendo por el primero, el estudio de la lengua de un escritor sin preocuparse de cuándo la escribió, prescindiendo del estado evolutivo del idioma en aquel entonces, refiriendo el análisis al lenguaje como expresión de la belleza literaria, observando la relación existente entre la visión poética y la palabra que la transparenta; y comprendo en el segundo aspecto, ese mismo trabajo sumado con el del lenguaje del siglo en que apareciera la obra.

Ni las mimbres ni el tiempo, nos consienten estudiar este segundo aspecto del *Quijote*, el cuál, además, no cae de lleno dentro del tema que desarrollamos. En el desenvolvimiento cronológico de la lengua castellana, la obra de Cervantes señala el punto de apogeo, grandeza y esplendor del habla nuestra. habla que se llama de Cervantes, no sólo por la alta significación que este escritor tiene en los fastos literarios de España, sino porque en sus obras, y especialmente en el *Quijote*, supo condensar toda la riqueza, flexibilidad, sonoridad y elegancia del patrio idioma, en el cuál dejó profundamente grabada la huella de su personalidad gigantesca. (**25**)

Sólo apuntaremos en este respecto uno de los

rasgos del escritor realista, el empleo de neologismos. A menudo el escritor que quiere traducir con fidelidad el delicado matiz de una idea ó la impresión de un objeto, no halla palabra *útil*, y entonces la crea. Si el escritor tiene razón, si la palabra falta en el léxico de la lengua, el neologismo vive, perdura y adquiere con el tiempo la carta de nobleza del casticismo. Comparando el *Quijote* con el vocabulario de su época, se advierten las invenciones de Cervantes; y comparando estas invenciones con los léxicos posteriores, se ve las muchas de entre ellas que han llegado á adquirir carta de naturaleza en el idioma.

El estudio del estilo y lenguaje que Cervantes usa para materializar sus creaciones artísticas sí que tiene que ver con el aspecto realista del *Quijote*, y en éste es donde nos vamos á detener un tanto, distinguiendo el lenguaje y estilo que Cervantes emplea cuando habla en nombre propio, del que atribuye á sus personajes.

Alonso Quijano el Bueno habla de dos maneras, y no más, sean cuales fueren las ocasiones en que se halle: cuando habla con Sancho en conversación tirada, su lenguaje es llano y natural, á la vez que rico y vario: el hidalgo habla mejor que lo que promete la antiestética literatura caballeresca que le devanó los sesos: emplea las palabras precisas para dar á conocer su pensamiento, y es tan amigo de la corrección, que le crispan los nervios los barbarismos de Sancho y se los corrige sin dejarle pasar adelante.

Con todas las demás personas, el estilo de Don Quijote es enfático (Bouterweek le llama «decididamente solemne), declamatorio, teatral; (26) entonces se escucha, habla para el público (1) é introduce imitaciones del estilo de los autores caballerescos que más le han impresionado; estilo impropio de un hombre cuerdo, pero que conviene perfectamente á su estado anímico de héroe y caballero andante, según él concibe el heroismo y la caballería.

Esta misma situación hace admisibles dos formas de lenguaje, que de otra manera no podrían admitirse: el empleo del verso en sus declamaciones y su costumbre de monologar.

Caído en tierra y molido por el mozo de mulas de los mercaderes, comienza á declamar aquello de

«¿Dónde estás, Señora mía
Que no te duele mi mal?»:

palabras naturalísimas en boca del hidalgo, toda vez que se cree convertido en el Baldovinos del romance.

Respecto á los monólogos, Don Quijote, como no tenga con quién hablar, acude al monólogo y al soliloquio para dar escape al tremendo hervor de ideas caballerescas que en su mente se agitan. Aun cuando conversa, la fluidez de su palabra es tal, que las respuestas degeneran en largas tiradas que son verdaderos monólogos.

(1) El mismo juicio viene á formular Heine: «En dos palabras resumimos el carácter de Don Quijote y Sancho: el primero, cuando perora, parece siempre estar montado en su alto caballo; el otro habla como sentado sobre su humilde Rucio».

Mas dentro de este lenguaje convencional, que no se puede tachar de falso supuesto el género de locura de Don Quijote, el realismo asoma en muchos detalles, bien significativos por cierto: al comenzar una aventura, el hidalgo opostrofa, interroga altanero, reposado, campanudo, imponente; al dar en tierra, su expresión es lastimera, debilitada, lacrimosa; si en estado normal sus palabras son cultas, escogidas, cuando la cólera le ciega no vacila en emplearlas sin remilgos gráficas y crudas; dígalo el apóstrofe al cabrero que se atreve á decir que el gentil-hombre «debe tener vacios los aposentos de la cabeza».

El lenguaje más realista del libro es el de Sancho, y en él acierta Cervantes á idealizar lo preciso el hablar rústico y villano sin desfigurarlo. Sancho tiene un estilo propio, sanchi-pancesco, que no se desmiente nunca: hable con quien hable, no se le da un ardite de su interlocutor, ni modifica, en lo más mínimo la expresión de sus ideas. (**27**)

La abundancia de refranes que á veces se convierte en diluvio para tormento de Don Quijote: «Eso, Dios lo puede remediar.....; porque sé más refranes que un libro, y viénenseme tantos juntos á la boca cuando hablo, que riñen, por salir, unos con otros»; el divagar á que frecuentemente se entrega, como en su intencionado cuento ante los duques «acerca desto de los asientos»; el empleo de frases pintorescas y á veces indecentes (indecentes para nosotros, quizá en tiempos de Cer-

vantes no lo fuesen): «Yo no estoy preñado de nadie....., ni soy hombre que me dejaría empreñar del Rey que fuese»; el modo de barbarizar ciertas palabras *(fócil, tólogo, cebollina, logincuos.....)* «¡Por Dios .... que vuesa merced me trae por testigo de lo que dice á una gentil persona! puto y gafo, con la añadidura de meón, ó meo, ó no sé cómo»; son rasgos del estilo escuderil, el más claro y definido de todos los de la novela. Llano y culto (Sancho sabe jugar al vocablo, y lo hace con magistral ironía), zafio y correcto, sentencioso y difuso, el estilo de Sancho se adapta de tal modo al personaje, que no se imagina uno que Sancho pueda hablar de otro modo. La transparencia que el realismo pide al estilo de cada personaje se realiza aquí constantemente á maravilla: la transparencia llega á trocarse en nitidez. El complejo carácter del rústico escudero se manifiesta en cuanto asoma en la obra. No me extraña que la Duquesa guste infinito de oir sus desatinos y quiera tenerlo siempre cosido, ó poco menos, á sus faldas, por que no decae nunca en sus gracias, ni su personalísimo estilo flaquea un momento. Una de las excelencias de la Segunda parte del *Quijote*, es la mayor intervención de Sancho (**28**) cuyas palabras tienen la virtud de grabarse tan profundamente en el recuerdo del lector que tarde ó nunca se olvidan. ¿Quién, que una vez haya leído el *Ingenioso hidalgo*, no sabe de memoria el comienzo de su famosa carta á Don Quijote: «La

ocupación de mis negocios es tan grande, que no tengo lugar para rascarme la cabeza, ni aun para cortarme las uñas; y así las traigo tan crecidas cual Dios lo remedie»?

No sólo brilla en el estilo y lenguaje de los dos héroes quijotiles el sano realismo de Cervantes; realista de buena ley sigue siendo en los que atribuye á los demás personajes de la novela: clasificaremos estos en dos categorías, hidalgos, hombres de letras y personas de posición y gente de baja estofa.

El estilo y lenguaje de los primeros son abundantes, ricos, floridos, pero un tanto monótonos, en el sentido de que no tienen el matiz personalísimo de los de D. Alonso y Sancho. Es el magnífico lenguaje de Cervantes, es el estilo de Cervantes con todas sus bellezas, su frondosidad y gallardía; estilo pintoresco, noble, aficionado á los periodos largos, á la frase redondeada, musical, mejor para declamado que para leído, pero no adaptado á cada persona y caso con la rigidez que impone la estética realista. Y esto puede ser debido también á que la educación de las clases cultas y pudientes quita el sello peculiar á su estilo, haciendo que todos hablen con los mismos giros y las mismas palabras, aproximadamente, originándose así un estilo impersonal, en cierto modo.

Los otros, los villanos, tienen estilo y lenguaje propios, originales, sin desbastar ni pulir por la enseñanza y los buenos ejemplos, y Cervantes

los expresa con gallardía inimitable. No es que los villanos y gente baja de la época de Cervantes hablaran como los de su laya en el *Quijote*, no; pero su espíritu es el mismo en el libro y en la vida. A falta de probaturas, en que no podemos entrar, citaremos la escena de los galeotes, el cuento del rebuzno, Maese Pedro, los diversos pleitos sentenciados por Sancho en la ínsula y la insuperable charla del bellaco que va á burlarse del gobernador después de su comida sin comida. Tampoco merecen echarse en olvido las cartas de Teresa Cascajo á su marido y la Duquesa, ni, ya que para tierra de vascos escribimos, la veintena de palabras con que Sancho de Azpeitia increpa á D. Quijote «en mala lengua castellana y peor vizcaina», antes de reñir con él la descomunal batalla. El realismo de estas frases y el significado que pueda tener el haberlas escrito Cervantes, han sido discutidos en pro (1) y en contra de Vasconia (2) por distinguidos cervantistas.

El humorismo realista de Cervantes se muestra igualmente cuando habla por cuenta propia, describiendo ó narrando, con el desenfado que hace presumir una naturalidad maravillosa ó una destreza no menos maravillosa para ocultar el esfuerzo que le cuesta conseguir aquella.

Ya hemos indicado antes cómo retrata á sus personajes: en la mayor parte de los casos, expresa una ó dos cualidades, más bien morales que

(1) Julián Apraiz.
(2) Clemencín y Fernández Guerra.

físicas, y pasa á contar lo que se propone. El físico, el elemento corporal, le importa poco: se limita á decir, de una mujer que es «hermosa», de un caballero, que «principal», de un mancebo, que «gentil y agraciado». Los personajes que más al por menor pinta en el libro son Don Qnijote, por suministrarle sin duda el estirado, apergaminado y enjuto cuerpo del hidalgo, materia poética negativa ó de contraste, y porque, al fin, es el protagonista; Sancho, en cuya descripción insiste muy poco; y el Bachiller Carrasco, á quien llama Sansón por burla, pues era «no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón; de color macilento, pero de muy buen entendimiento. Tendría hasta veinticuatro años, cariredondo, de nariz chata y boca grande».

Requiere especial mención el conocidoretrato de Maritornes, donde Cervantes hace un derroche de gracia y de ironía para pintar la fealdad de la mujer fea: el realismo literario llega en él á competir con el pictórico. Solo un Velázquez podría retratar tan á lo vivo como Cervantes. (1)

También Dulcinea merece dos palabras: Cervantes la describe de tres distintas maneras: (2) en la imaginación de Don Quijote, es la quinta esencia de la perfección y de la hermosura; en boca de Sancho, «moza hecha y derecha, y de pelo en pecho», tiradora de barra «como el más

(1) Al mismo estilo pertenece el retrato de Clara Perlerina (Capitulo XLVII de la Segunda Parte); mas en él, lo burlesco llega á la caricatura.

(2) Obsérvalo también, según he visto después de terminar el borrador de este trabajo, Don Vicente de los Ríos.

forzado zagal», es un marimacho, objeto de risa, en virtud de la trasformación que la hace sufrir á la vista de su transtornado señor; en la realidad, una «moza labradora de muy buen parecer».

Con todo cuidado observa nuestro autor la propiedad en el traje de sus héroes, al igual que hace el escritor realista moderno que saca partido de este elemento estético, describiendo los ricos trajes ó los pobres harapos que visten los personajes imaginados, como complemento de sus retratos respectivos. El *Ingenioso hidalgo* no carece de estas descripciones, si bien no las prodiga como suelen hacer hoy algunos escritores que presumen de un cierto realismo aristocrático; Cervantes tan sólamente usa de ellas cuando la ocasión lo pide, por traslucir el traje, á primera vista, lo que pudiera llamarse sin exageración la psicología del personaje, ó por desempeñar un papel en cierta manera dramático.

Así, describe los andrajos de Cardenio en Sierra Morena para excitar la curiosidad del lector hacia aquel hombre que «iba saltando..... de risco en risco y de mata en mata con extraña ligereza..... medio desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los pies descalzos y las piernas sin cosa alguna; los muslos le cubrían unos calzones al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos que por muchas partes se le descubrían las piernas»; detalla los vestidos de la ventera que se pone el Cura para ir en persecución de Don Quijote á fin de que se

juzgue de lo apropiado del disfraz y de lo cómico de vestirlo un sacerdote grave y docto; por eso busca una combinación de colores disparatada: «púsole una saya de paño llena de fajas de terciopelo *negro* de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo *verde*, guarnecidos de raso *blanco*, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Vamba»; y la vestimenta de la Condesa Trifaldi y su séquito, por tratarse de un paso de comedia cuyo efecto principal está en la presentación y en la vestimenta: «Detrás de los tristes músicos comenzaron á entrar por el jardín adelante hasta cantidad de doce dueñas, repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos monjiles anchos, al parecer, de anascote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequí, tan luengas, que solo el ribete del monjil descubrían. Tras ellas venía la Condesa Trifaldi..... vestida de purísima y negra bayeta por frisar, que, á venir frisada, descubriera cada grano del grandor de un garbanzo de los buenos de Martos; la cola ó falda ó como llamarla quisieren, era de tres puntas, las cuales se sustentaban en las manos de tres pajes, asímismo vestidos de luto». Durante la ronda nocturna del Sancho en la ínsula, dos corchetes le traen un hombre asido: «Señor Gobernador, éste que parece hombre, no lo es, sino mujer y no fea, que viene vestida de hombre». El vestido tiene en este lance grandísima importancia dramática por eso se describe pun-

tualmente: «vieron que venía con unas medias de seda encarnada, con ligas de tafetán blanco y rapacejos de oro y aljófar, los gregüescos eran verdes de tela de oro, y una saltaembarca ó ropilla de lo mismo, suelta, debajo de la cual traía un jubón de tela finísima de oro y blanco, y los zapatos eran blancos y de hombre; no traía espada ceñida, sino una riquísima daga y en los dedos muchos y muy buenos anillos». Por igual motivo, se describe á las dos páginas el vestido de mujer que lleva el hermano de la doncella: «no traía sino un faldellín rico y una mantellina de damasco azul, con pasamanos de oro fino». Lástima grande que el encanto que seguramente producirían estas descripciones y otras semejantes en los contemporaneos de Cervantes por la fidelidad y gusto que revelan, sea inaccesible para la mayoría de los lectores de hoy, por no conocer con exactitud el modo de vestir de aquella época ni el tecnicismo de las prendas y telas.

Detalle precioso de indumentaria es aquél de soltársele á Don Quijote los puntos de la media, al desnudarse, la noche en que se quedó sin escudero, ido á posesionarse del gobierno de la tan deseada ínsula Barataria: «Al descalzarse ¡oh desgracia indigna de tal persona! se le soltaron..... hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosía». «Afligióse en extremo el buen señor, y diera él por tener allí un adarme de seda verde una onza de plata: digo seda verde, porque las calzas eran verdes».

«Finalmente, él se recostó pensativo y pesaroso, así de la falta que Sancho le hacía, como de la inseparable desgracia de sus medias, á quien tomara los puntos, aunque fuera con seda de otro color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija estrecheza».

El lance es de lo más natural que darse puede, y el contraste entre los altos pensamientos de Don Quijote y su vergüenza de que se le tenga por pobre, siéndolo, es realista y muy humano.

Si de la indumentaria, pasamos á la psicología de los personajes, tendremos que reconocer en Cervantes un agudo psicólogo y peritísimo escudriñador de almas. No alardea de ello, ni insiste en amontonar detalles, pero los que escribe son los precisos, los insustituibles y los bastantes para comprender lo que decir quiere. A veces, de una sola plumada pinta un estado de ánimo completo: «La del alba sería cuando Don Quijote salió de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo». Este gozo del recién armado caballero, reventando por la cincha de Rocinante, dice más que una descripción minuciosa y supera en realismo, á pesar de tratarse de una mera figura retórica, á la página más castigada de Paul Bourget.

Los momentos patológicos no abundan en el *Ingenioso hidalgo*, y, cuando ocurren, el deli-

cioso humorismo cervantesco los despoja de toda acritud, haciéndolos ver por su aspecto risueño. Por eso no insiste en las heridas y desfallecimientos del hidalgo y de su escudero, para no destruir el efecto cómico logrado; pero cuando describe en serio uno de esos momentos, es sobrio en la exposición, si bien hace al personaje declamador y ponderativo y más preocupado del arreglo de la frase que de traducir la crisis pasional que sufre.

Donde también abundan las ocasiones de mostrarse realista el escritor que lo es, es en las descripciones propiamente dichas de paisajes y de cosas y en las narraciones.

Cervantes no denota en el Quijote ser muy amigo de la naturaleza, según lo poco que la describe. Comienza á caminar el héroe «por el antiguo y conocido campo de Montiel», «se entraron por una parte de Sierra Morena»; mas no describe el campo ni hace más que mencionar la Sierra. (1) Abundan en la novela los prados de verde y jugosa yerba, no faltan arroyos: el autor cita, nombra y no se detiene. Un espectáculo por el que siente cierta predileccion es el del amanecer: se lo hace describir á Don Quijote en un mo-

(1) Reconozco que muchos opinan lo contrario:

«Es tal la fidelidad en la pintura de los lugares, que se puede suponer que el autor... más de una vez compuso sobre el terreno».—*Bory de Saint-Vincet.*

«Los fatigosos desfiladeros de Sierra Morena parecieron suaves á los lectores (franceses) de Cervantes, pues á cada revuelta del camino, ante los paisajes que con tan exquisita verdad y felizmente describió.....»—*Walter Scott.*

nólogo al hacer su primera salida; lo describe el mismo Cervantes en el Capítulo XIV, antes de comenzar la pelea entre el hidalgo manchego y el caballero del Bosque, y en el XX (ambos de la Primera parte) que trata de las bodas de Camacho; pero tan retórica y compuesta resulta la descripción de Don Quijote como la del propio autor: lindas metáforas, palabras armoniosas, ningún rasgo que revele el sentimiento del natural. En esto, Cervantes debió dejarse influir por la moda, que iba extendiéndose, de la afectación y del rebuscamiento de la frase que á la postre degenaron en el culteranismo.

Las cosas no suelen tener más valor para Cervantes que el de meros accidentes sin valor propio, pero cuando á su intento conviene ¡qué modo tan magnífico de idealizarlas y acrecentar la significación natural que tienen! Recuérdense las armas de los bisabuelos de Don Quijote «tomadas de orín y llenas de moho», aquella á «modo de media celada» hecha de cartones y diputada «finísima de encaje», aunque con el primer golpe de su espada deshace en un punto «lo que había hecho en una semana». Dígalo aquella cosa «que relumbraba como si fuera de oro»: «Si no me engaño, hacia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino».

«Es pues, el caso que el yelmo y el caballo y caballero que Don Quijote veía, era esto: que en aquel contorno había dos lugares, el uno tan pequeño que ni tenía botica ni barbero, y el otro

que estaba junto á él, sí; y así, el barbero del mayor servía al menor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venía el barbero, y traía una bacía de azófar; y quiso la suerte que al tiempo que venía comenzó á llover; y porque no se le manchase el sombrero, que debía de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza; y como estaba limpia, desde media legua relumbraba».

En esta aventura del baci-yelmo, el realismo de Cervantes, unido á una fuerza de imaginación que pasma, es insuperable. ¡Qué génio no ha sido menester para combinar la heróica locura de Don Quijote y un objeto de significación tan poco poética como una bacía de barbero! Pues el milagro se ha hecho, y, es más, la prosáica bacía, ascendida á yelmo de Mambrino por la locura del famoso hidalgo, ha llegado á la categoría de símbolo, símbolo de la variedad de opiniones y de la mutua tolerancia entre los hombres. (**29**)

Pero donde, para mi gusto, reside lo mejor del realismo de Cervantes, es en las narraciones. ¡Qué modo de contar el suyo! Suceso ó lance que él refiera es lance que se *ve*, como si ante los ojos del lector pasara: (**30**) tal es la justeza de los términos, la precisión de las palabras, la elección de los rasgos significativos. La imaginación queda tan profundamente impresionada, que con dificultad olvida lo leído. ¿Quién olvidará, sino en fuerza de tiempo, la batalla del

gallardo vizcaíno y el heróico Don Quijote? ¡Aquella almohada, con que Sancho de Azpeitia se resguarda, durará más, infinitamente más que la armadura de Carlos V custodiada en la Real Armería.

No menos digna de mención y encomio es la manera de hacer relatar á Dorotea cómo Don Fernando le quitó la honra, en sólo estas palabras: «y con esto, y con volverse á salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo». Palabras lapidarias y esculturales que pintan el escabroso cuadro al desnudo, sin que la serenidad del arte se prostituya á excitar sensaciones pecaminosas, conservando su castidad en medio de una escena de lujuria. La frase de que, en arte, el desnudo es un traje, debió escribirse para ésta de Cervantes.

Cervantes, por serlo todo, fué hasta naturalista. Detalles hay en el *Quijote* que no merecen otro calificativo, si por *naturalismo* se entiende, como es usual y corriente, el realismo limitado á ciertos cuadros en que domina lo sucio, feo ó repugnante, y al empleo de las palabras que correspondan á las que usa en la vida real el individuo que habla, por crudas y gráficas que sean. Pues también Cervantes tiene de estos cuadros y de estas expresiones, mas traídos unos y otras con tanto arte y tan sencilla naturalidad, que lo feo y repugnante se hermosea y amabiliza, á lo cuál contribuye en gran parte su maravilloso conocimiento de la lengua castellana.

Muestra de esto que decimos, es el modo de

narrar cómo Sancho hizo sus menesteres á los pies de su señor la noche de los batanes: las perífrasis que Cervantes emplea en el relato son expresivas en grado sumo y poetizan una escena baja y sucia.

No menos naturalista es Cervantes en la aventura del barco encantado, cuando Don Quijote enseña á Sancho cómo los españoles, embarcados para las Indias, conocen que han atravesado la línea equinoccial, y le incita á hacer la prueba:

«Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento hacia la corva izquierda, alzó la cabeza, y miró á su amo y dijo: «O la experiencia es falsa, ó no hemos llegado adonde vuesa merced dice, ni con muchas leguas».

«—Pues ¿qué! preguntó Don Quijote, ¿has topado algo?»

«—Y aún algos, respondió Sancho, y sacudiéndose los dedos, se lavó toda la mano en el río».

El relato no puede ser más sucio, si bien se mira. Sólo que el lector engañado por la naturalidad del diálogo y la manera de conducirlo, no se apercibe de ello: la risa le oculta el asco.

Muestra de más valor aún, es el modo de relatar los efectos que el bálsamo de Fierabrás produce en el caballero andante y en el escudero andado. Escena parecida escribe Zola en la conocida página de *L'Assommoir,* con una sóla diferencia, que la cervantesca nos hace estallar en risa y la de Zola nos subleva el estómago. Es más, nunca ha llegado Zola á describir cuadro

tan escátológico como el que Cervantes cuenta después de la batalla de los carneros: «Llegóse Sancho tan cerca, que casi le metía los ojos en la boca, y fué á tiempo que ya había obrado el bálsamo en el estómago de Don Quijote; y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca, arrojó de sí, más recio que una escopeta, cuanto dentro tenía, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero. ¡Santa María! dijo Sancho: ¿y qué es esto que me ha sucedido! Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca. Pero reparando un poco más en ello, echó de ver, en la color, sabor y olor, que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le había visto beber; y fué tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas»?

¿Quién ha pensado en sentir las náuseas que semejante escena produciría á no ser relatada por Cervantes? Y es que Cervantes domina el medio de expresión de tan soberana manera que sin apurar las descripciones, sin rebuscar palabras, antes bien aplicando al parecer las que espontáneamente le salen al paso, huyendo de todo artificio y escribiendo al correr de la pluma, ha obtenido efectos sorprendentes como ninguno los ha obtenido; pues ninguno ha logrado ser verdadero en la ficción, serio en la locura, elevado en lo bajo y noble en lo sucio, como Cervantes en el *Ingenioso hidalgo*.

Resumen y conclusión

Tal es el realismo que el análisis nos ha revelado en *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, expuesto en extracto y sin descender á minuciosidades ni á multiplicar los puntos de vista, pues de estudiar todo el sentimiento de lo bello real en este libro, tendríamos que estudiarlo por entero y al detalle.

Apreciando ahora en conjunto la labor realista del grande ingenio que lo escribió, salta á las claras el fondo eminentemente humano de su realismo. Lejos estamos de aquellos escritores que dedican todo su esfuerzo á pintar la superficie de las cosas, porque las cosas para ellos no tienen más que superficie; lejos también, de los que limitan su mirada á una parte pequeña y no nada bella de la realidad, como negando sistemáticamente que este elemento divino exista fuera del campo de su mirada; lejos estamos, por último, de aquellos que, dedicándose á describir aspectos parciales y anómalos del hombre y de

la vida, generalizan sus juicios y caen en un pesimismo arbitrario y desconsolador en el que la naturaleza es la madrastra de la bestia humana, y el hombre, sometido á las leyes de la herencia y del medio ambiente, el esclavo de una fatalidad inexorable.

El libro es la proyección ó imagen del hombre que lo concibe y realiza, y Cervantes es un hombre equilibrado y sano, el más equilibrado y sano de los ingenios del Renacimiento (1); por eso su realismo es muy otro. Para él las cosas todas del universo tienen superficie y alma; y emplea, para pintar la superficie, el color; para expresar el alma, la idea. La realidad, según Cervantes, está saturada de belleza hasta en los aspectos que á los miopes parecen feos y repugnantes. (**31**) Todo tiene su lado bello y expresable si se le mira de cierto modo; y lo demuestra guiándonos por el complejo viaje de su libro, que es el libro de la vida, y haciendo brotar la belleza de todas partes, de la locura, de la suciedad, del asco.

Hermanos de este espíritu de belleza son el espíritu de verdad y el espíritu de bondad de Miguel de Cervantes. El espíritu de verdad poética (**32**) le lleva á fundar sus creaciones en la realidad y á describir fielmente esa realidad, iluminando su aspecto ideal y simbólico para que hasta los ciegos lo vean y comprendan y gocen los placeres de la emoción estética. Los ciegos son muchos; para

(1) Menéndez y Pelayo.

ellos la realidad y la naturaleza son letra muerta, vacía de toda significación ideológica. El espíritu de verdad artística de Cervantes enseña la idea donde sólo se ve la materia; el simbolismo, donde únicamente aparece el signo aislado. Si Don Quijote cura por fin de su locura y abre á la verdad los ojos, Cervantes muestra la esperanza de que también la humanidad llegue á lograrla y á vivirla. (**33**)

¡Y su espíritu de bondad! El espíritu de bondad de Cervantes le induce á ver el universo, no despeñándose en los abismos de la nada pesimista, sino en constante acensión á las regiones de la luz y del bien. Su espíritu de bondad, tan duramente combatido en su difícil peregrinación por la vida, depurado por la adversidad, sublimado por el odio y la envidia de que fué objeto, no conserva heces de amurgura ni dejos de pesimismo; de sus dolores, no guarda mas que la ironía, (**34**) pero ironía piadosa, indulgente, del que lo sabe y lo perdona todo, (**35**) porque tiene fé inquebrantable en la victoria final de la justicia y en la bondad ingénita del corazón humano: (**36**) ironía humorística, que más acaricia (**37**) que fustiga, y que alivia las mismas heridas que produce, cuando sin quererlo las hace, con el divino bálsamo de la risa, (**38**) el más precioso y el que más debemos agradecer en esta vida de congojas y de llantos.

NOTAS

Después de terminado el precedente escrito y antes de presentarlo al Concurso, he tenido ocasión de conocer los juicios y opiniones de gran número de escritores de todos los países sobre Cervantes y el *Quijote* en la BIBLIOGRAFÍA CRÍTICA DE LAS OBRAS DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, por D Leopoldo Rius, y en otras obras.

Á continuación figuran las notas tomadas con tal motivo. Eu el original figuraban intercaladas, unas, y, otras, al dorso de las cuartillas.

Para facilitar la lectura de mi estudio, las coloco aquí todas juntas, y no por erudición, sino por *corroboración* y prueba de autoridades.

(**1**) *G. Mayans* —En Don Quijote se nos presenta un valiente Maniático, que pareciéndole muchas cosas de las que ve, semejantes á las que leyó, sigue los engaños de su imaginación, y acomete empresas, en su opinión hazañas; en la de los demás. disparatadas.

(**2**) *Miss Smirke*.—Como Cervantes no era enemigo de *todas* las producciones caballerescas, sólo dirigió sus ataques contra las que no tenían ni sentido común ni originalidad. Podía admitir lo maravilloso, pero no lo *monstruoso*, y contra éste disparó los dardos de su sátira.

(3) *P. Piferrer.*—Después de hablar de la moda de los libros de caballería, añade: «era la primera vez que el lector hallaba su mismo mundo real en el mundo poético».

F. de Paula Canalejas.—No busqueis el elemento humano antes de Miguel de Cervantes.

(4) *L. Tieck.*—El efecto extraordinario de este verdadero poema, puede también atribuirse á que al fin, por única vez después de muchos años, apareció sin artificio y sin falso ornato la realidad, lo vulgar, lo presente, y que, sin embargo, esto, al mismo tiempo, era lo maravilloso, era la poesía.

(5) *R. Renier*—Por lo demás, quien condujo el naturalismo hasta sus últimas consecuencias, y lo verificó conscientemente.... fué Cervantes. Toda la parodia contenida en el Quijote, estriba en el contraste entre la vida caballeresca que el protagonista *vive*, y la vida real, humana, del siglo.

E. Getbhart.—Coloca (Cervantes) á su hidalgo, que quiere ser caballero andante, en contínua é irrecónciliable antítesis con las manifestaciones y procedimientos de la vida real.

(6) *G. Mayans.*—La fábula de *Don Quijote* imita á la Iliada. Si la Ira es una especie de furor, yo no diferencio á Aquiles airado de Don Quijote loco.

J A. Pellicer.—Asegura el Sr Ríos que la fábula de *Don Quijote* se puede comparar con la *Iliada* de Homero, pero me parece que más conexión y analogía tiene con el *Asno de oro* de Apuleyo.

M. Deutinger.—El Quijote tiene bastante afinidad con el teatro de Aristófanes... La manía proyectista de *Los pájaros* está trocada en la extraña y romántica locura de Don Quijote, y el comùn afán por el

dinero y por el goce material de *Plutos* se ha corporizado en el real é individual Sancho.

Creo que Mayans, Pellicer y Deutinger se equivocan de medio á medio. *[Nota del autor.]*

Buchon Dubournial.—El Don Quijote, en efecto, es tan feliz y tan original en su concepción.

F. Schelegel.—El Don Quijote....., esta obra de invención única en su clase.

J B F. Biedermann.—¡Honor y homenaje á la *originalidad* única de Cervantes!

(7) *M Deutinger* —En el *Quijote*, el romántico espíritu de la Edad Media está completamente replegado en su histórico cimiento: la realidad vulgar ha ocupado el sitio del entusiasmo antiguo.

J. Schmidt.—El espíritu de la Edad Media, en su forma antigua, ha quedado reducido á un fantasma, por lo que la vida se ha extinguido en él. Este fantasma produce un efecto cómico cuando creyendo de buena fe en su realidad osa aparecer á la luz del día é intenta tomar parte en las contiendas y trabajos de la vida social.

J. Klein.—(Cervantes es) un anti-Don Quijote, el aniquilador del quimérico donquijotismo, del epigónico sacrificarse por alucinaciones é ideas anticuadas.

(8) *R Renier* —Parodiando él (Cervantes) todo lo que halló de falso y exagerado en la vida caballeresca, respetó siempre todo lo que le pareció noble y derivado de rectos principios.

A. Gubernatis.—¿Se dirá que el libro intenta destruir el ideal? No sería justo. No sólo afirma Cervantes la existencia del ideal, sino que haciéndonos simpático, á pesar de todas las desgracias, al caballero de las causas perdidas, demuestra bien clara-

mente que él, creador de aquel tipo de caballero infortunado, todavía cree en la caballería.

(**9**) *L Viardot.*—Don Quijote al principio no es mas que un loco; un loco completo: Sancho Panza, también, es sólamente un rudo labrador... Pero esto dura poco .. se encariña con sus héroes...; pronto les presta su juicio, les infunde su espíritu, distribuyéndoselos por igual y ordenadamente Entonces comienza un espectáculo admirable.

L. Lemcke.—Seguramente Cervantes tuvo al principio la intención contra la perniciosa pasión por los libros de caballería, mostrando con el ejemplo de su héroe, cómo á un entendimiento sano podía llevarle semejante lectura al estado de una perniciosísima monomanía .... Pero Cervantes era un genio demasiado superior para que en la realización, aunque inconsciente, no hubiese agrandado su designio particular hasta un orden de ideas más general.

Ch Furne.—Se cree, y él mismo al fin de su prólogo lo indica, que el objeto de Cervantes en el Quijote fué el curar á sus contemporáneos de la necia pasión por los libros de caballerías... pero esto fué sólo la parte superficial.

(**10**) *G. Mayens.*—Si la *Iliada* es una fábula heróica escrita en verso, la novela de Don Quijote lo es en prosa.

Ch. Furne.—Epopeya incesantemente burlesca y seria.

H. Dohm.—Una obra nacional, casi pudiera decirse una epopeya.

(**11**) *Ch. Knight.*—Su concepción (la de *Don Quijote*) es admirable, demostrando el autor en cada página una clara mente filosófica..... y un perfecto conocimiento del corazón humano.

(**12**) *D. Rafael Salillas* afirma que Cervantes conocía al dedillo la doctrina psico-fisiológica del autor del *Exámen de Ingenios*, Dr. D. Juan Huarte. Los datos de que se sirve el Sr. Salillas, creo yo que no autorizan tal conclusión; pero, de todos modos, no merece echarse en saco roto esta nueva orientación realista que en Cervantes advierte este crítico y que apoya y confirma nuestras observaciones. (*Nota del autor.*)

(**13**) *E. Benot.*—Vió en la nebulosa de sus meditaciones lo que nadie había visto antes que él: los recónditos misterios de la Locura, indescifrables en el siglo XVII, porque su estudio estaba reservado á la gran ciencia del siglo que termina (1900)

(**14**) *I Turgueneff.*—Don Quijote ama á Dulcinea, es decir, una cosa que no existe, y está á punto de morir por ella. Nosotros también hemos hallado hombres que han muerto por una Dulcinea que no existía, sino en forma de una realidad basta, en la cuál habían ellos encarnado su ideal, atribuyendo la metamórfosis á algún espíritu maligno.

(**15**) *F. Navarro Ledesma.*—Un ser vivo, más vivo que todos nosotros. . el Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, que goza la vida eterna más apetecible, la del ideal que toma carne, la de la ficción que á la sangrante realidad se impone.

(**16**) *F. de Castro.*—Sancho... es la personificación más propia de nuestros aldeanos y campesinos y más verdadero quizá que lo era su amo respecto de los caballeros.

(**17**) *Fz. de Navarrete.*—Se conoce que Cervantes no menos observó las costumbres, abusos y preocupaciones de la gente plebeya y vulgar que de la más ilustre y privilegiada.

E. Grisebach.—Sus hombres (los del *Quijote*) son todos tomados de la vida real, y sus historias tienen el realismo casi acerbo que marcan los más hermosos cuadros de la escuela holandesa.

(**18**) Ejemplos de carne y hueso, no tipos alegóricos como pretende D. Benigno Pallol, *Polinous*, quien sostiene que Marcela (Mar-celi) es la Iglesia de los primeros tiempos, Maritornes la Iglesia española del sig'o XVI, Luscinda (Luz de Oriente) la ciencia, Dorotea las fuerzas vivas del país .. *et sic de coeteris*. (*Nota del autor.*)

(**19**) *A. de Capmany.*—Con no pocos resabios de afectación; en lo cuál manifestó el deseo de ostentar por boca ajena todas las habilidades que poseía para que no se le pudriesen en el cuerpo.

(**20**) *J. P. Richter* califica á Cervantes, como á Ariosto, de romántico. (*Nota del autor.*)

(**21**) *F J. Llampillas.*—En las graciosas aventuras del famoso Don Quijote se han de considerar las cosas como son en sí, y como se representan á la desordenada fantasía del preocupado caballero.

V. de los Ríos.—En la fábula de Cervantes, cada aventura tiene dos aspectos muy distintos respecto al Héroe y al lector... Así en cada aventura hay por lo regular dos obstáculos y dos éxitos, uno efectivo en la realidad y otro aparente en la aprensión de Don Quijote, y ambos naturales, deducidos de la acción, y verosímiles, sin embargo de ser opuestos.

R. Renier.—Desde el principio hasta el fin, el libro de Cervantes pone de manifiesto la desproporción entre la realidad y el mundo imaginario en que el héroe vive, y de ello nace esta cómica singular eficacia de toda la obra.

(**22**) *Mrs. Oliphant.*—El Duque y la Duquesa,

que si bien amables y corteses, trazan con fría tranquilidad cien crueles estratagemas, para divertirse con la locura de su huesped.....

(23) *F. Schelling.*—El amor aparece siempre en el especial círculo romántico que el autor halló en su tiempo.

G. Schlegel.—Con la entrada en Sierra Morena se abre nuevo campo de románticas descripciones, las cuales se van sucediendo unas á otras más estrechamente.

R Renier.—Los amores no caballerescos del *Quijote* parecen servir de contraste al del protagonista. La humanidad de esos amores no les despoja de aquel caracter apasionado y algunas veces romántico que debía de agradar á los españoles.

(24) *J. F. Laharpe* —Una de estas novelas, la del *Curioso impertinente*, es uno de los mejores rasgos de Cervantes.

G. Peignot opina de igual modo. (*Nota del autor.*)

(25) *F. Schlegel.*—En ninguna otra prosa hay en la elocuencia de las palabras tanta simetría y ritmo; ninguna otra emplea las variedades del estilo tan completamente como si fuesen masas de color y de luz; ninguna otra es tan fresca, tan vívida y tan representativa en las expresiones ordinarias de la cultura social.

(26) *G. Mugnoz.* — Cuando irónicamente hace hablar á su ridículo héroe, entonces sublima su estilo con un tono magnífico y pomposo.

(27) *X.*—Cuando el rústico y crédulo escudero injerta sus improvisadas charlas, habla con una naturalidad que encanta.

(28) *K. Frencel.*—Dije ya que adrede concentró el autor interés en la personalidad de Sancho. Los

patéticos y románticos episodios (de la Primera parte) le fueron censurados tan amargamente por algún miope crítico, que en su Segunda parte no quiso dar ocasión á nuevos reproches

(**29**) Así al menos lo entendemos nosotros. Véase ahora la opinión de

D Baldomero Villegas: En la aventura del yelmo de Mambrino, Cervantes da forma á su idea comparando la corona á una bacía de barbero, lo que parece inducir que Cervantes era republicano, dado que la bacía es un menaje que se usa para sangrar y hacer la barba al pueblo.

(**30**) *A. Lista.*—La facultad que tiene el lenguaje de pintar es lo que constituye el *poeta*, porque en ella se cifra la *imitación*. Así vemos que los escritores más apreciados de todos los siglos son aquellos que han poseído el don de presentar los pensamientos bajo la forma de *imágenes* con tanta verdad, que un pintor podría copiar con colores el cuadro pintado con palabras. Este es el realismo que ha inmortalizado... los Cervantes.

(**31**) *A. Fz. Guerra.*—Inspírase en el sublime espectáculo de la naturaleza y el arte.

L. Tieck —Este gran inventor, Cervantes, dirigió á los lectores y autores hacia la vida real, y su gran genio enseñó cómo lo trivial y mediocre pueden tomar el brillo y el color de lo maravilloso; y desde entonces tenemos las narraciones y representaciones del mundo real, con las contingencias y flaquezas de la vida, sin desdeñar siquiera las más ínfimas miserias.

(**32**) *E. Charles* —Cervantes lucha por la verdad, que cree más bella que la misma belleza.

E. Benot.—Cervantes estudió lo real con toda la

fuerza de su genio, y luego infundió en todo cuanto había observado soplo de humanidad.

(**33**) *J. E. Hartzenbusch.* — Observador sagáz, pinta con ligereza y frescura, da vida á la imagen, siendo delicado, y, riquísimo en la invención y conocimiento del mundo, nos da una prodigiosa novela verdad, cuadro vivo de las costumbres, fiel expresión de los caracteres.

(**34**) *M. Deutinger.*—La vida épica se ha inducido á la ironía de sí misma; empero en esta ironía se vislumbra todavía un gran fondo de vida subjetiva, de sentimiento y de voluntad.

(**35**) *C. Cantú.*—Sátira sin hiel es cosa, más que rara, única; y raro un libro que satiriza sin ofender ni las costumbres ni la religión.

S. T. Coleridge.—Parece siempre impulsado por este único pensamiento: «¡Hermanos míos, os quiero, á pesar de todas vuestras culpas!» Es como la madre que corrige al hijo á quien ama, y, mientras con una mano levanta los azotes que lo castigan, con la otra le seca las lágrimas que le hace derramar.

(**36**) *X.*—Si se fija la atención en su persona (en la de Cervantes) se verá un corazón alentado por dulce y generosa confianza en la amistad de los hombres.

H. Dohm.—Su sátira é ironía hacen siempre agradabilísima impresión y nunca ofenden.

(**37**) *S. Auger.*— La cualidad particular de su talento era la ironía suave, ligera y casi insensible.

(**38**) *A. Gubernatis.*— Si cualquier hombre del vulgo puede reir, es propio de las almas superiores penetrar la sabiduría de aquella risa provocada por un ingenio soberano

Interpretación del simbolismo que encarnan los siguientes personajes: Don Quijote, Sancho Panza, el Cura y el Barbero.

LEMA

Mi vaso es muy pequeño, (1)
mas yo bebo en mi vaso.

MUSSET.

Cuéntase la siguiente anécdota de Hafiz: hallábase el poeta persa con su esposa Leila en la fuente de Chiraz, embriagándose con los perfumes de su copa, los cantos de las cortesanas y las danzas de las bailarinas, cuando á uno de sus amigos le ocurrió preguntarle:—Hafiz, ¿qué es la embriaguez?

El poeta concluyó de apurar su copa, contempló á su esposa con ternura, aspiró lentamente el perfume de las flores de jazmín y de limonero que cubrían su alfombra, y contestó, después de meditar su respuesta:—No sé lo que es la em-

(1) Adaptación del celebre verso de A. de Musset: su vaso *n'est trop grand*, el mio es muy pequeño.

briaguez, pero embriágate; es lo único que puedo aconsejarte.—En seguida cogió un ramo de flores de uno de los búcaros que adornaban la mesa, y dándoselo á su compañero, añadió:—Contéstame tú ahora: ¿puedes descubrir en la esencia embriagadora que despide este ramo cada uno de los mil aromas de que ese perfume desconocido se compone?

El amigo aspiró el perfume del ramo, meditó largo rato y contestó al poeta:—No puedo descomponer lo que se escapa á la acción de mis ojos y de mis dedos: sólo sé que los colores son magníficos y el perfume delicioso.

Déjame, pues, beber mi copa y contemplar á Leila,—exclamó perezosamente Hafiz. (1)

Aplicando el dicho de Hafiz á la invitación que se nos hace de concurrir á un certamen literario en honor de Cervantes y á escribir sobre temas basados en el libro español por excelencia, podríamos responder, después de tornar á leer el *Quijote:*—Dejadnos saborear sus bellezas, dejadnos aspirar el perfume de poesía que de él se desprende, dejadnos encantar nuestros ojos con los brillantes colores de la paleta genial de Cervantes, y no pretendáis explicaros la inexplicable emoción estética que nos produce.

Mas claro es que tal respuesta (que sería indudablemente la más cuerda) sólo podría darse con el silencio, y ello se aviene mal con los buenos deseos de los organizadores de este Certamen

(1) Lamartine.

que nos brinda la ocasión de analizar uno de los mil perfumes de ese hermoso ramo de ingenio y arte que se llama el *Ingenioso hidalgo.*

Nuestro gusto sería responder gallardamente á su llamada, mas para ello carecemos de la erudición que tanto place á los doctos jurados de esta clase de justas, y del sentido crítico que es la sal indispensable para sazonar manjares como éste del *Simbolismo.* Estamos desprovistos de las armas que se usan en tales torneos, y sólo tenemos para combatir nuestro sentido común y un cierto gusto depurado por la asídua lectura, cosas ambas que vienen á ser en la ocasión presente algo así como la endeble celada y el fragil lanzón del propio D. Quijote. ...

Abreviando: estas propias razones y esos íntimos convencimientos que deberían apartarnos de lucha tan desproporcionada con nuestras fuerzas, se truecan en estímulos para probar fortuna; la aventura nos tienta, por lo mismo que es difícil; no en balde somos de la patria de Don Quijote. Después de todo, si fracasamos en la empresa, bien podremos decir como el amigo de Hafiz:—la obra es magnífica y su lectura deliciosa,—y parodiando al poeta:—leamos, pues, y embriaguémonos con el añejo y siempre lozano perfume de los sueños cervantescos.

I

Entremos en materia..... pero, no, antes es preciso que expongamos algunas ideas preliminares y que creemos muy pertinentes al caso. Se trata de una cuestión de estética y de crítica, y en estética y en crítica, afortunadamente, no hay más dogmas que los que cada uno se impone con entera libertad, sin que nadie le vaya á la mano con excomuniones.

Lo primero de todo es ponernos de acuerdo sobre lo que es y significa el término *simbolismo*.

Si entre las varias acepciones de la palabra *símbolo*, escogiésemos la más adecuada á nuestro objeto: imagen ó figura empleada como signo de una idea moral; y con esta base, definiéramos el simbolismo como término de filosofía que expresa el estado del pensamiento y del lenguaje en el cual las ideas y dogmas sólo se expresan por símbolos, poco ó nada tendríamos adelantado.

El simbolismo, cuya esencia hemos de expli-

carnos, para aplicarla luego á los héroes de Cervantes, es el puramente literario; su acepción, derivada, á no dudarlo, de sus orígenes religioso-orientales y lingüísticos, pero ya muy apartada de ellos, la circunscribimos á la literatura. Aun aquí, reduciendo el campo de investigación, hay que hacer nuevos distingos. El simbolismo clásico, importado á las letras españolas por el estudio de las orientales, el simbolismo de *Calila et Dimna* y del *Arbor scientiae*, alegórico y material, no es el simbolismo de un Mauricio Maeterlinck ó de un Stephano Mallarmé, los cuales, reaccionando contra el naturalismo brutal y descarnado, afirman que consiste en evocar poco á poco un objeto para mostrar un estado de alma, ó á la inversa, escoger un objeto y destacar de él un estado de alma, descifrando la relación que existe entre ambos.

Nuestro simbolismo no es ninguno de éstos; ni el clásico venerable por la pátina de los siglos, ni el modernísimo recién bautizado de Verlaine y Mallarmé: nosotros entendemos el simbolismo de muy diferente manera.

Cada palabra fué antiguamente un poema; Emerson lo afirma; y hoy es un símbolo, añadimos nosotros, no sólo porque evoca *una* idea, sino á veces *varias* ideas. Esto, que en absoluto es cierto, pasa inadvertido á nuestros ojos, porque el usar constante de las palabras hace que no paremos la atención en ello. No todas las palabras son igualmente simbólicas; unas expresan

símbolos sencillos, otras encierran símbolos complejos, los cuales, al pronunciarlas ó escribirlas, se desenvuelven en toda su amplitud en nuestra mente. Compárese, si no, la palabra *ave* con cualquiera que exprese el santo y seña de un ejército en campaña. No sólo esto; la misma palabra puede expresar símbolos de grado muy diferente: las palabras *estrella*, *flor de lis*, *leopardo*, *águila*, *león*, *media luna*, adquieren en ciertos momentos, una como vida intensa y condensada, donde el símbolo se agranda y crece desmesuradamente hasta convertirse en expresión de un pueblo, de una religión entera.

Si tal acaece con los elementos primeros del edificio literario, otro tanto, pero en mayor escala, ocurre con la literatura de cada pueblo. Toda literatura es simbólica, porque toda literatura, más aún, todo libro, es el símbolo de nuestro pensamiento. (1) ¿Qué nos diría una obra literaria que, prescindiendo de los símbolos de palabra, no encerrase en sus páginas un símbolo de conjunto? Yo no acierto á explicármelo, y menos que la obra llenase su fin y fuere expresión de la belleza, siendo así que lo bello es la purgación de toda superfluidad (2), es decir, un símbolo. Por ello, en nuestro entender, toda obra literaria debe originar en la mente del lector esta pregunta: independientemente del argumento, de la acción de la forma ¿qué ha querido decir el autor? La

(1) Carlyle: *Los Héroes*.
(2) Miguel Angel.

explicación de ese *que* es el simbolismo del libro y del poeta. (**1**)

Nosotros prescindimos, pues, de catalogar solo entre las simbólicas las obras de simbolismo *querido,* sistemático, ó sólo aquéllas en que hay un exceso de simbolismo, más que en el fondo en la forma, que es lo que sucede con el simbolismo francés de nuestros días, el cual, á vueltas de sus pujos de originalidad y de filosofía, dice relación más á la manera de emplear el símbolo que al símbolo mismo.

Nada hay nuevo en el mundo; toda verdad es vieja, aunque se la componga y adobe para que finja juventudes: el simbolismo literario es de todos los tiempos, inseparable de todo tipo ideal, donde se condensan elementos y relaciones *representativos,* que luego se desenvuelven ante la inteligencia del lector, asomándole á claridades desconocidas y á mundos no sospechados. El *libro de Job* es un símbolo admirable del deber hecho carne en el hombre de Oriente; el *Prometeo* de Esquilo es símbolo de las ansias insaciables del hombre, y símbolos no menos bellos encierran las obras todas del genio humano, sin necesidad de ajustarse á *escuela* determinada ni á *preceptiva* alguna. Las *escuelas* son parcelas más ó menos grandes del ilimitado campo de la belleza, y las *preceptivas*, cercas y vallados que

(**1**) Véase la nota correspondiente al final de este estudio.

las acotan: el genio no se satisface con recorrer una de las primeras, y sus alas le permiten salvar fácilmente el obstáculo que le oponen las segundas.

Constituyendo el simbolismo la esencia de toda obra literaria, la extensión de él está en relación directa con la valía de la obra. El simbolismo de las obras mediocres es mediocre también, el de las excelsas, excelso. En las primeras, el elemento simbólico ofrece poca complicación; una inteligencia mediana lo aprecia pronto en su conjunto: en las segundas, ofrece variados matices, diversidad de aspectos; aspectos y matices que se multiplican á medida que la inteligencia del lector es más perspicaz y aguda.

Porque en esto del simbolismo, conviene tener muy en cuenta además al lector, que, unas veces *no ve,* por falta de preparación y rudeza de espíritu, el jugo con que el autor nutrió su obra; y otras, por pasarse de listo, ó por exceso de entusiasmo, ó por predisposición natural, *ve* lo que el autor estuvo tal vez á cien leguas de imaginar, fenómenos ambos que hemos de comprobar precisamente en el curso de este trabajo.

Este *simbolismo*, tal como queda apenas esbozado, pues todo otro se despega de su espíritu verdadero, es el que admiramos en la fábula del libro inimitable de Cervantes.

II

En la producción de la belleza literaria, el autor pone su creación, el lector su inteligencia; si la obra se hace inaccesible al lector por exceso ó por defecto, el divorcio sobreviene y la belleza continúa oculta como si no se hubiera concebido y expresado: sólo de la conjunción armónica de ambos elementos, surge la emoción estética en el lector, fin quizá primordial entre los que el autor se propuso.

El meollo de cada obra exige un meollo adecuado á su comprensión; por eso cada autor tiene su público, y es patrimonio, no de todos, sino de contados genios, entre los cuales se cuenta por suerte Cervantes, el haber logrado un público universal, compuesto de la casi infinita variedad de inteligencias que va desde la del labriego más ignorante á la del espíritu más refinado, desde la del niño que apenas sabe leer hasta la del anciano que sólo puede escuchar. Y ello, á nuestro modo de ver, dimana de ser el simbolismo de es-

ta obra de lo más selecto, completo y humano que el ingenio ha producido, por donde cada uno ve, con la transparente claridad que es la característica del verdadero arte, la parte de simbolismo que conviene á su modo de ser y que para él constituye un todo completo, todo el *Quijote*. (**2**)

Estudiemos, si nó, las apreciaciones de las diversas clases de lectores; aunque para facilitar el análisis sólo distinguiremos tres categorías.

¿Qué es *Don Quijote* para el pueblo, para el vulgo analfabeto ó para el que únicamente sabe leer de corrido? Yo he tenido el capricho de leer algunos trozos y explicarlos ante un público de esta clase. Para él, el *Ingenioso hidalgo* es un libro muy divertido, comprende perfectamente la trama de la novela, los hechos del caballero manchego le admiran y las agudezas de Sancho le encantan; los discursos de Don Alonso le recrean y aprende de memoria los refranes de Sancho; los descalabros de aquél le inspiran lástima, en cambio le hacen reir á carcajadas las tundas y manteamientos de éste. Sin embargo, tengo para mí que le es más simpático el villano que el hidalgo, lo cual no me extraña, porque la filosofía escuderil, comodona y reducida á *buenos tragos y pocos trabajos*, es la más afín con sus necesidades y aspiraciones. En suma, el libro le deleita, le tiene en suspenso y no se cansa de escuchar lo que para él es venero inagotable de alegría sana.

Y tales efectos se logran por medio de un arte acendrado, sin recursos de mala ley, sin deprimir nuestras pasiones nobles, ni ensalzar nuestros instintos bajos; con un argumento sencillísimo y con un lenguaje archicastizo. Aquí encuentro yo el primer mérito y no pequeño de Miguel de Cervantes, en hacer penetrar en el vulgo ideas muy elevadas de belleza envueltas en formas depuradas y á la vez llanas y asimilables. (**3**)

Entre otra clase de público, del público de las medianías, del público en general que dedica á la literatura sus ratos de ocio, que no hace del arte y de sus obras motivos de estudio, que no analiza ni alambica sus gustos y preferencias, el concepto que se forma del libro de Cervantes es muy otro. Mas hay que tener en cuenta que en este su juicio no es oro todo lo que reluce: el entusiasmo que por esta obra han sentido y sienten los hombres más cultos é ilustrados de todos los países, los elogios y admiraciones de los eruditos, el incansable ditirambo que *cervantófilos*, *cervantómanos* y *cervantomaniacos* entonan en loor de su autor, diputándolo dechado y perfección de cuanto puede adornar al humano ingenio, y su libro cifra y compendio de la humana sabiduría ha rodeado al *Ingenioso hidalgo* de una atmósfera de admiración impuesta, rutinaria y un tanto ridícula, que oculta el juicio personal y sincero. (**4**)

Si se pregunta á un individuo de este público si ha leído el *Quijote*, ó si, preguntándooslo él

á vosotros, tenéis la ingenuidad de confesarle que no habéis aún tenido ocasión de saborear sus bellezas, veréis el gesto de trágico asombro, de desprecio olímpico con que os anonada; sin embargo, no hay que tomar á pechos sus desplantes, él quizá tampoco lo ha leído, ó en su lectura, no ha visto ni por asomo las maravillas que dice admirar y los portentos que hace suponer su entusiasmo.

Este entusiasmo ficticio, lejos de ir en honor de Cervantes, redunda las más de las veces en su daño, pues el incauto que cree á pies juntillas en él, va á la lectura predispuesto á encontrar asombros en todos los párrafos y maravillas á la vuelta de cada página; y cuando no los halla, ó no son tales como se figuraba de oídas, se llama á engaño y abandona el libro. (5) Verdad es que como no gustar del *Quijote* da patente de ignaro, el aburrido lector guarda para sí su juicio; mas de dientes afuera sigue alabando á Cervantes y á su obra... y así el *infinitus est numerus* sigue creciendo de día en día.

Oid á un comentarista de los más apasionados de *Don Quijote.* (1)

«Un soldado inválido, un ingenio lego, sueña un pobre hidalgo de un mísero lugar de la Mancha. Le arma de una visera de papelón, de una lanza y escudos tomados de orín y llenos de moho, le sube sobre un rocín flaco, le hace seguir de un rústico sin sal en la mollera, caballero

(1) Don Nicolás Díaz de Benjumea: *La verdad sobre el Quijote.*

sobre un rucio, y le pone en el campo de Montiel en la madrugada de un día caluroso del mes de julio, para que marche á la ventura, á donde quiera su caballo, sueltas las riendas y dueño de su voluntad. Va en busca de aventuras, y sus aventuras son dormir á cortinas verdes ó en fementidos lechos de ventas en despoblado, topar con arrieros, pelear con yangüeses por culpa de Rocinante, medir la tierra con su cuerpo á cada instante, pasar hambre y sed, sufrir calor y frio, ser apedreado por galeotes, apuñeado por cuadrilleros y cabreros, colgado por damiselas, enjaulado por sus vecinos, y derribado en fin por bachilleres ó amigos disfrazados. Ama á una aldeana á quien nunca ve, sueña imperios y batallas y palmas y laureles y sin embargo, muere pobre y melancólico en el lecho de su casa de la aldea. Esta es la historia, ni mas ni menos.»

«Esta es la invención del manco de Lepanto, en la apariencia, en lo visible». Y esto es sólo lo que ve el público que ahora analizamos; todo lo demás es postizo y de añadidura. En cuanto al sentido esotérico—si se me permite la palabra—del libro, aun cuando repetidas veces lo declara Cervantes en el prólogo y por boca del Cura y del Canónigo, principalmente, hállalo sólo al final, en el último párrafo, donde se entera de que no ha sido otro el deseo del autor «que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías» que por las del «verdadero Don

Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna».

En resúmen; una novela interesantísima, que mantiene la atención siempre despierta; un lenguaje primoroso, un conjunto de pensamientos elevados que educan el espíritu del lector, y un libro que no envejece con los años. Este público no se ríe ya á carcajadas, pero sí con risa retozona; segundo mérito de Cervantes, de mayor cuantía que el antes apuntado, pues el público de ahora es más descontentadizo y exigente, y con un paladar que pide manjares de gusto muy distinto al de los que agradan al grosero gaznate del vulgo.

Y llegamos al público quintesenciado, al de paladar delicado y de finísimo olfato, á los excelsos escogidos que paladean en las aventuras del hidalgo manchego un *maná* que fabricó sólo para ellos Miguel de Cervantes y huelen un perfume que sólo se hizo para sus aristocráticas narices. De este público, tenemos que descontar los eruditos cervantescos á secas, los cervantófilos, cervantómanos y cervantomaniacos, porque, á creerles, son tales y tantas las excelencias del *Quijote*, enciérrase en sus páginas tal cúmulo de doctrinas, tal mina de oro molido del espíritu, que con este libro basta y sobra para todo nuestro espiritual alimento, y todos los demás deben desterrarse ó poco menos. Si no llegan á la hoguera de Omar, no les falta mucho.

Nos quedaremos, pues, como representantes de

este público con los espíritus de crítica aguzada, pero serena; entusiasta, pero imparcial, y libres del que Menéndez y Pelayo no vacila en llamar *fetiquismo cervantista.*

Para estos, y nos valemos casi de las mismas palabras de uno de sus más ilustres representantes en nuestra patria, el *Quijote* es un libro muy *terso* y muy *llano*, una gran *novela realista*, un grande *artificio de imaginación,* una concepción artística, *torpemente afeada* si se rellenase con *alegorías, enigmas* é *interpretaciones simbólicas* (simbólicas forzadamente y lejos de su interpretación natural, se sobreentiende).

Sin embargo, la *tersura* y *llaneza* de este libro es tal, que cada uno la entiende á su manera, y descontado su mérito intrínseco que para todos es grande, las opiniones varían en cuanto á su sentido íntimo casi tanto como los lectores. Ello no me choca: yo me explico facilmente esa infinidad de pareceres, aun cuando no participe de ellos: en toda obra satírica, y *Don Quijote* lo es insuperable, figura como elemento primordial la *interpretación subjetiva* de la realidad que se fustiga, la *posición* del poeta respecto de esta realidad que sirve de trama al tejido de sus burlas. En la mayoría de las ocasiones, la intención del poeta se ve que es y que no puede ser otra que hacer brotar la risa, lo cómico no pasa de la superficie, ó él mismo con franqueza declara el fin que persigue, fin que está en relación íntima con los medios que emplea; en otras, muy con-

tadas, sobre todo si adopta el tono serio y parece hablar de buena fe, como esa seriedad es ficticia y esa buena fe aparente, porque el fin no está en armonía con los medios usados, ni la grandeza del efecto con la pequeñez de las causas que lo motivan, el lector no se satisface con reir, sino que se echa á bucear en la intención del poeta, y como la intención es inasequible..... la imaginación hace lo demás; cada uno llega á obtener diverso resultado y á explicarse el objetivo de aquél de distinto modo, aguda ó disparatadamente, según su ingenio. Esto sucede con el libro de Cervantes, y éste sí que es mérito altísimo del *Quijote,* pues solo á las obras del genio, verdadero removedor de ideas, les es dado dejar colaborar activamente al lector en ellas, suministrarle un teatro riquísimo de ideas y permitirle añadir y bordar otras nuevas que embellezcan más y más la creación artística, en su concepto.

III

Toda obra literaria, hemos dicho y repetido, es simbólica, es un conjunto de símbolos, mejor dicho; y, por tanto, cada personaje de los que el poeta crea y forma es también un símbolo. Simbolismo de que se vale el autor, consciente ó inconscientemente para encarnar la belleza que concibe. Precisamente su empleo obedece á la necesidad de materializar lo incorpóreo, de concretar lo abstracto.

Mas para que el pensamiento del escritor llegue á identificarse con el nuestro, preciso es que encarne en algo material de manera tan íntima que formen entre ambos un *individuo-clase;* individuo, porque aparezca con los rasgos de la vida, clase ó género, porque se componga de elementos *representativos.* (1)

Antes de estudiar el simbolismo de los perso-

---

(1) Por esta razón los griegos (según Winckelmann), rehusaban á sus estatuas de mujer el encantador hoyuelo de la mejilla como una determinación demasiado individual.—J. P. Richer.

najes del *Quijote*, dediquemos algunas observaciones al molde en que los vació Cervantes.

Ved á Don Alonso Quijano; su físico está en armonía con la patria que el poeta le ha asignado; tres rasgos bastan, al presentarlo en escena, para caracterizarlo: «era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro». En el curso de la novela, cuando á su intento conviene, completa el autor la descripción del héroe con diestras pinceladas, y ya nos dice, festivamente, que era «su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo», ya que tenía «las quijadas que por dentro se besaba la una con la otra», ya que «las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello»; ya lo pinta más al detalle por boca del Caballero del Bosque «hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corta, de bigotes grandes, negros y caídos». Don Quijote aparece, pues, á nuestra vista semejante á tantos y tantos hidalgos manchegos de su época y aún de la nuestra; y, sin embargo, si queréis individualizar y materializar su imagen, no lo conseguiréis: no lo ha logrado la pintura ni es de creer que lo consiga nunca. Hijo del pensamiento de Cervantes, sólo en el pensamiento y para el pensamiento vive. Sólo el pensamiento puede amalgamar los al parecer antiestéticos elementos que dan cuerpo al caballero, de manera que venga á resultar hermoso y bello, quizá por transparentar tan pura idealidad como dentro de

él se encierra. Así se explica el fracaso pictórico y lo vano de las tentativas dramáticas (**6**) que han *querido corporalizar* á Don Quijote por eminentes que fueran los actores que á ello se hayan atrevido. (1)

Si no os basta conocer su físico, ved como se alimenta y como viste: «Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres cuartas partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflas de lo mismo, y los días de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino».

Los rasgos morales del hidalgo no son menos precisos y definidos. Don Quijote es hombre maduro, reposado y sensato; con sus cincuenta años á cuestas, es candoroso como un niño, está enamorado de la belleza ideal que personifica en Dulcinea y del bien y la justicia, que, para renovar la edad de oro, ansía ver dominando al mundo. (**7**) Todos sus pensamientos y acciones van encaminados á estos dos altísimos fines, y por eso todo en él es noble y elevado; su hablar grave y comedido, de donde, hasta en los momentos en que su locura más se exacerva, brotan raudales de sabiduría; su sobriedad nunca desmentida que le hace olvidar hasta el necesario sustento; la honestidad de sus procederes; el

(1) Irving y Bour, entre otros.

desprendimiento y largueza de que hace alarde aún en medio de su pobreza.

Mas «del poco dormir y del mucho leer se le secó el celebro de manera que vino á perder el juicio»; los libros de caballería le trastornaron el seso, y dió en la locura caballeresca, locura inofensiva, propia, no de un espíritu vulgar, sino de un alma del temple de la suya, de un alma *heróica*, que hasta en sus desvaríos y quimeras denota su alteza, é impulsa al caballero á hechos que tienen su *lógica* y su razón de ser en esos ideales que son los cimientos de su noble espíritu.

Mezcla acertadísima de locura y buen sentido, antítesis perpetua entre el pensar y el obrar, apenas puede decirse cuando es cuerdo y cuando loco, pues la demencia y la razón aparecen tan confundidas en todos sus actos que es imposible deslindarlas con certeza. (**8**) No en balde le llama Cervantes *ingenioso*, que ingenio y grande se necesita para invertir la realidad que se le mete por los ojos, haciéndola hechura y emanación suya, dándole la significación que él quiere que tenga, y persuadiéndose á sí mismo, y en esto estriba sobre todo el ingenio, de que es tal como se la figura y siente, no como el sentir unánime de los demás afirma.

Tal es el héroe del gran humorista, siempre metido en imposibles y siempre valeroso y tranquilo; derrotado siempre y nunca vencido; haciendo brotar la risa con sus desaforados intentos y sin caer jamás en el ridículo ni inspirar aversión ó

desprecio. (9) No bien aparece en el libro, se gana la confianza del lector, y aun cuando se prevén sus fracasos y se adivina su fin, la simpatía crece con sus descalabros y nuestro cariño con sus malaventuras. (10)

Fijémonos ahora en ese otro hijo de la fecunda musa de Cervantes que se llama Sancho Panza. El padre de la criatura es sobrio en su presentación, tal confianza tiene en la eficacia de los rasgos y toques que escoge á tal intento: «la barriga grande, el talle corto, las zancas largas»: eso es en lo físico y nada más. Albergada en ese cuerpo que nada tiene de bello, una alma rústica y sencilla de hombre de bien, pacífico, manso y sosegado, con mujer é hijos, bien nacido ó por lo menos cristiano viejo, «pero de muy poca sal en la mollera: (1) eso en lo moral; y así es por dentro y por fuera el antes rústico destripaterrones y ahora esperanzado escudero de Don Quijote.

El caracter de Sancho es no menos original que el de su señor y dueño: Sancho reune una porción de cualidades antitéticas en cuya combinación y maridaje derrocha Cervantes el ingenio: Sancho aparece á un tiempo rústico y educado, ladino y crédulo, zafio y discreto, socarrón y sencillo, y todo ello sin desencajar el tipo ni forzarlo. Sancho es un palurdo poltrón y cobarde para el que no hay idealismos que valgan lo que una alforja repleta ó una maleta con cien escu-

(1) Este es el único rasgo falso: Sancho tiene sal que le sobra en todas las ocasiones.

dos. Montado en el jumento y bien aprovisionado, nada se le da de nada; escudriñando la maleta y hallando un montoncillo de escudos de oro, «dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gabán, y toda la hambre, sed y cansancio que había pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba más que rebién pagado con la merced recibida de la entrega del hallazgo».

En suma, el criado es la antítesis del amo, pero no por eso deja de ser simpático é interesante: Don Quijote no piensa nunca en sí mismo, vive para los demás; Sancho es egoista hasta dejarlo de sobra; si se consagra al servicio del hidalgo es porque espera una ínsula: todo el amor de que su alma es capaz lo tiene puesto en el Rucio, compañero suyo en todas sus carreras y aventuras. Cuerdo y muy cuerdo para discurrir y advertir que su amo no lo es, la locura del caballero le contagia, en cuanto le tienta el cebo de la codicia, y lo sigue sin creer del todo en él; sus ojos ven la realidad como es, pero las promesas del hidalgo trastornan sus potencias, (**11**) y habiendo convertido á una moza que huele á ajos en Dulcinea del Toboso, no está lejos de tomarla luego en serio como princesa y emperatriz de la Mancha.

Sancho, hombre de bien, con poca sal en la mollera, es, con toda su cordura y malicia, un

cuerdo que paso á paso va tornándose demente; (**12**) hártase de llamar loco á su señor y tenerlo por trastornado de cascos, pero no piensa en abandonarlo, y cuando ve á Don Quijote que, ante su petición de salario, decide pasarse sin él, se le nubla el cielo y se le caen las alas del corazón «porque tenía creído que su amo no se iría sin él por todos los haberes del mundo». El provecho que saca de sus correrías de aventuras es hambres, fatigas y golpes..... y sigue soñando siempre en la ínsula prometida. El único y verdadero rasgo de su cordura lo muestra al renunciar el gobierno de la ínsula después de tantas fatigas y sudores como le ha costado lograrla. (1)

(1) El Cura y el Barbero, personajes de importancia episódica, los estudiaremos juntos en la última parte de este trabajo.

IV

Trascendiendo de la esfera literaria á la social los nombres de Don Quijote y Sancho andan de boca en boca, aplicándose de continuo á personas y caracteres que á nuestros ojos presentan analogías con los de los dos héroes cervantescos. Don Quijote es para el común de las gentes, en lo físico, toda persona escuálida, espiritada y de estatura más que mediana, y de cuerpo envarado, como si una invisible armadura le quitara libertad en sus movimientos. En lo moral, es Don Quijote cualquier individuo que, á semejanza del auténtico, carece del sentido de la realidad, y que, con medios desproporcionados por lo nimios, con los fines que sueña, es exajerado en sus ideas de justicia, de honor y de bien, lanzándose irreflexivamente á defender al débil, sin advertir que las más de las veces no logra otro resultado que ponerse en ridículo y recordarnos al caballero manchego y el vapuleo de Andrés el pastorcillo.

En esto de las aplicaciones, también el tipo de

Sancho se extiende á ciertos individuos, materia pura, incapaces de elevarse un codo sobre la realidad material, cuyos ideales pueden reducirse á *pan* y *tragos;* gramáticos, de gramática parda; filósofos, con filosofía de secano; pobres de espíritu á ratos y en ocasiones costales de malicias.

Mas los eruditos, críticos y comentadores, las gentes que no se contentan con estas generalizaciones instintivas, sino que quieren darse cuenta del por qué y cómo de todas las cosas, hasta de las que no lo tienen, se han echado á discurrir sobre el sentido íntimo (**13**) que encierran los tipos del hidalgo y del escudero, sobre los propósitos de Cervantes al crear estos dos hijos de su fantasía, sobre el simbolismo que encierran, en una palabra; y lo han hecho tan desenfrenadamente, tan sin tino ni medida, que, á la postre, no sabemos á qué carta quedarnos.

Entremos, pues, en los anchurosos campos de la hipótesis, donde toda conjetura tiene puesto y toda suposición cabida..... sin que tal vez sean ciertas ninguna de las propuestas y sostenidas con tanto ahinco; y veamos si podemos quedarnos con alguna que nos satisfaga, comprobándola con la piedra de toque del libro que es la mayor y casi única autoridad en la materia.

Sin meterse en honduras, opinan unos (1) apegándose á la letra del libro, que Cervantes se limitó á pintar un loco discreto, con los sesos derretidos por los libros de caballería, para mos-

(1) Entre ellos Prescott y Tichnor.

trar los perniciosos efectos de este género de literatura y dar al traste con ella. (**14**)

Puesto que el autor lo dice, no es menester ser un lince para descubrir tal manifiesto sentido, apoyado por la altísima autoridad del propio padre y enjendrador del héroe. Eso es lo que, por otra parte, deduce de la primera lectura el lector, puramente lector, y más, si por suerte suya, prescinde de las notas y comentos que suelen amontonarse al pié de cada página, para destruir lo artístico del pensamiento que atesora con lo amazacotado de semejante base. Mas conviene advertir, de un lado, que la musa de Cervantes es irónica y burlona, que su libro es una sátira contínua, y que aun en los personajes más serios la ironía traspasa la seriedad y la burla asoma para nuestro regocijo; y de otro lado, que loco (ya conocido antes de nacer), que á poco de venir al mundo, donde tantos géneros de locura hay y tantos orates se encuentran á cada paso, se hace popular, y más que popular universal, debe tener una enjundia muy otra que la de un simple loco, ó ha de compendiar en sí todas las locuras humanas, por donde cada loco vea pintada en él su tema. Don Quijote es algo más que un loco, y el libro de sus hazañas, sin dejar de ser sátira felicísima de los de caballerías, (**15**) tiene más sustancia y miga que el de una obra que, concebida y trazada para concluir con un género literario ya moribundo, áun supuesto que realizase del todo su objeto, hubiera desaparecido con el

enemigo muerto (**16**) y su interés no pasaría del puramente histórico y retrospectivo; no sería de actualidad para los que no han leído, ni conocen más que de oídas, la literatura que remató el ingenioso caballero, que es como decir que sólo sería gustado de tal cual erudito, si le hay en nuestros días (que lo dudo), que aun lea los tales libros. (1)

Dentro de este criterio, no falta erudito que afirme que Cervantes acometió con Don Quijote la empresa de combatir los malos libros de caballería... y hacer un libro de esta clase mejor que todos ellos; (**17**) hipótesis esta muy arriesgada; pues si en la apariencia el hidalgo sigue siendo caballero andante, y de los finos, en el fondo es la destrucción del ideal caballeresco, y sus aventuras vienen á formar una novela que, en oposición á las caballerescas, ha sido llamada «primero y no superado modelo de la novela realista moderna». (2)

Entre la grandísima falanje de críticos y comentadores de *Don Quijote,* estas primeras hipótesis no han tenido gran éxito, por sencillas y claras sin duda, y han sido abandonadas y sustituídas por otras más recónditas.

Hase supuesto por algunos que en el hidalgo

---

(1) Á esto podría objetarse que Cervantes cuidó de suministrar en su libro suficientes ejemplos del espíritu caballeresco que animaba á las obras de esta clase, de los hechos que en ellas ocurren, y hasta de los personajes que en las más famosas intervienen. Tenemos por más cierto, no obstante, como en el texto decimos, que no reside en esto el secreto de su interés y de su éxito.

(2) Menéndez y Pelayo.

manchego, se pintó el autor á sí mismo; (1) y toman base para sus opiniones del estudio minucioso de la vida de Cervantes, y de las concordancias que ofrecen en lo vario de sus hechos, lo elevado de sus fines, lo ruin de sus medios y lo menguado de sus resultados, con la variedad de hechos, alteza de fines, poquedad de medios y nulidad de efectos de la vida quijotesca.

Esta suposición sí que nos parece descabellada á todas luces. El poeta, se ha dicho con verdad, es un alambique que destila todo lo que á su mente llega, todas sus alegrías y todos sus dolores, y las alegrías y dolores de los demás, en imágenes y creaciones artísticas. El poeta almacena cuantos hechos le impresionan, transformándolos, por individuales é insignificantes que sean, en representativos y simbólicos y apoderándose de ellos donde quiera que se le ofrezcan. Todo es para él venero de primera materia artística; él mismo es espectador de sí mismo; y su mirada clarividente penetra así en su conciencia como en la de los demás, sorprendiendo el espasmo de dolor ó la vibración de alegría con que luego ha de deleitar á la humanidad, sorprendida de verse fotografiada en sus repliegues más íntimos. Y lo que no ve, lo adivina: por eso es y se llama *vate*.

Nada importa que luego nos diga, para engañarnos y acrecentar su mérito y nuestra admi-

(1) Tal vez por la semejanza entre el retrato de éste y el que hace de sí mismo en el prólogo de las *Novelas ejemplares*.

ración, que sus obras son hijas tan sólo del entusiasmo y de la inspiración, en las que la realidad no ha tenido parte para nada; no merece crédito cuando tal dice. Creámosle, en cambio, cuando afirme que «todas sus obras son fragmentos de una confesión general», y creámosle también cuando añada que «no existe en ellas una sola línea que sea reproducción exacta de su vida». (1)

Quiere esto decir que la vida vivida por Cervantes ha de ser manantial abundantísimo de elementos de los cuales se aproveche, á no dudarlo, en su poema (**18**) pero de aquí á deducir que se limitó á retratarse retocado y compuesto, hay una distancia enorme.

Para crear obras de la talla de la *Divina Comedia* ó de *Don Quijote*, hay que tener, aparte del genio, una vida completa, íntegra, (**19**) plenamente gustada en todos sus aspectos, especialmente en el de sufrimiento: los hijos del genio son hijos de dolor: Dante escribió sus inmortales tercetos en el destierro, y Cervantes su *Quijote* después de una vida resumen y compendio de muchas vidas, según fué de aventurera y desgraciada. (**20**)

Porque Cervantes conoció el amor, pudo pintar el platónico amor del caballero; porque atesoró en las vicisitudes de su vida riquísimo caudal de experiencia, prestó á los discursos de sus héroes tanta filosofía y tantas enseñanzas,

(1) Goethe.

porque tuvo ensueños de idealidad, en los que se remontó muy alto para caer luego en medio del mundo, pudo dar á Don Alonso altos y puros ideales y narrar lo contínuo de sus caidas; porque conoció las amarguras del cautiverio, supo dar vida á cautivos; porque vió la vida de cerca, acertó á describirla en su riquísima variedad y siempre con el colorido adecuado. (**21**)

Pero Don Quijote no tiene más de Cervantes que ser hijo de tal padre: remembranzas de su vida, debe contener á cientos; alusiones á hechos y sucesos contemporáneos suyos, creo que no admite género de duda; pero eso es todo, y todo ello no es Don Quijote, ni aun una parte mínima de él. Don Quijote, con ser Cervantes mucho, es más que Cervantes: Cervantes es un hombre y Don Quijote es un tipo. Además, se empequeñecería el sentido poético de Cervantes y la altísima significación de su obra, si se hubiera limitado á escribir su vida en enigmas y á vengarse de sus enemigos, escudándose tras de alusiones y anagramas. El genio es más valiente que todo eso: Miguel Angel para vengarse de Blas de Ceseno no recurrió á otro artificio que pintarlo entre los condenados de su *Juicio final* con orejas de asno.

Dejemos, pues, á los eruditos de esta escuela que lean el *Quijote* entre líneas; aunque nos probasen que tienen razón, no podrían convencernos de que el hidalgo es Miguel de Cervantes idealizado, porque se verían en la imposibilidad de explicar cómo, siendo así, una biografía se ha

convertido en un símbolo humano de todos los países y de todos los tiempos.

Este criterio interpretativo de *Don Quijote* que ha degenerado en manía (1) en ciertos críticos, obedece—y creemos que nuestra observación es justa—, á que, con ponderar y poner al *Ingenioso hidalgo* en los cuernos de la luna, en España al menos, preocupa más el autor que el libro, más la biografía de aquél que la exégesis de éste. Véase la bibliografía de Cervantes y sus obras y se comprobará este aserto. Por cada página dedicada á la obra, hay más de ciento consagradas á Cervantes. **(22)** Yo no soy erudito y admiro á los eruditos, no soy crítico y respeto á los críticos; pero afirmo que lo lógico sería que los eruditos y los críticos hicieran lo contrario de lo que hacen. Bueno que se estudie la vida de Cervantes, al fin es homenaje merecido; pero el verdadero homenaje que debe tributársele y el que más ha de agradecernos desde su inmortalidad, es el estudio serio, concienzudo, artístico, sincero, de sus libros..... y en nuestra patria aun no lleva trazas de hacerse.

Además ¿qué resultado *práctico* sacaremos de descubrir alguna minucia más de la vida del

(1) Nos referimos á la ridícula manía de algunos escritores contemporáneos de leer á su antojo en ciertos pasajes (salteando renglones y haciendo anagramas) datos antobiográficos de Cervantes, y aun de sorprender en el autor ciertos intentos esotéricos; resultando de ello consecuencias absurdas y disparatadas, dado que son muy pocas las ocasiones en que corren parejas en las obras cervantinas las ficciones con las verdades.

Julián Apraiz: *Las novelas ejemplares de Cervantes.*

ponderado autor? Nada ó casi nada. Plácenos, por el contrario, á los simples mortales considerar á los genios y super-hombres como tales super-hombres, ó sea como distintos y elevados sobre el común de las gentes; y el relato de su vida nos advierte que son hombres como nosotros, á veces sin nuestras virtudes, casi siempre con nuestros defectos. ¿Qué ventajas reportan las letras patrias con saber á última hora que Lope de Vega, después de hecho sacerdote tuvo una hija adulterina y sacrílega? Ninguna. Y menos mal si el estudio de la obra del Fénix, y otro tanto decimos de la de Cervantes, estuviese ya hecho y nada hubiera que decir sobre ella; pero precisamente sucede todo lo contrario, pues ocurre que con tanta montaña de papel dedicada al gran Miguel y tantos ríos de tinta gastados en su estudio, aun falta que decir lo mejor sobre sus libros, que son lo que quedará de su paso por el mundo en la historia de la humanidad. Seamos sinceros: ¿qué nos importa *hoy* Cervantes? poca cosa. ¿Qué nos importa el *Quíjote* y sus *Novelas?* Muchísimo, puesto que son Cervantes redivivo, el espíritu de Cervantes que comulga con nosotros como soberano creador de belleza.

Con igual propósito que el acabado de criticar, tiene por cierto otro linaje de críticos y eruditos que el celebérrimo libro es todo él picante sátira, empedrada de alusiones, contra el entonces árbitro de los destinos de España, Duque de

Lerma; y apoyan su dicho nada menos que en documentos diplomáticos de dos y aun de tres embajadores italianos. Tratándose de personas tan graves y sesudas como serían esos señores embajadores, apenas si se puede insinuar la más lijera duda que no se achaque á irreverencia y gana de echarlo todo á barato; así que yo me guardaré de decir otra cosa, remitiéndome en lo demás á mucho de lo ya dicho, donde se pone la verdad en su punto, sino que las alusiones tanto pueden estar en la intención del autor como en la mente del público malicioso y agudo que asocia lo imaginado con lo visto. Según esto, nada tendría de extraño que, comparando el resultado final de todos los lances quijotiles y el obtenido con las grandes empresas que Felipe III acometiera por iniciativa de su arrogante favorito, viniera á suponer que si Lerma no era un Don Quijote de carne y hueso mucho se le parecía, de donde debió nacer la conseja que se tragaron los avisados diplomáticos.

No para en esto el prurito de ver en Don Quijote alusiones á porrillo: afirman otros, si bien no abundan los tales, que en el soñador manchego se describe la nobleza española (**23**) de entonces, olvidadiza ya de la misión que á la verdadera nobleza incumbe, ociosa y entregada á empresas de poca más sustancia que las de Don Alonso Quijano. No sé yo de donde puedan tomar cuerpo tales conjeturas, y menos si se piensa que la Primera parte del *Quijote* está dedicada al

Duque de Béjar, y la Segunda al Conde de Lemos, nobles ambos de los de más vuelos y campanillas, y que de la Primera á la Segunda parte, medió tiempo bastante para que los nobles se diesen por aludidos. ¡Lucido hubiera quedado el escritor si aquéllos hubieran caído en la cuenta de este supuesto intento; y á buena altura el agradecimiento del hombre que zahería y ridiculizaba á sus mismos bienhechores. Tengo pues por indudable que tampoco esta opinión da en el clavo.

Otra caterva de críticos y comentadores sigue distintos rumbos y afirma que el exclusivo objeto de Cervantes fué pintar el alma española dada á toda clase de aventuras que no le trajesen provecho alguno, transtornada de seso como la de Alonso Quijano, pretendiendo dominar el mundo y dejando á España despoblarse, tomando al pie de la letra la ironía de Quevedo, al afirmar que la monarquía española era como un hoyo, tanto más grande cuanto más tierra se le quita; queriendo imposibles y descuidando lo hacedero, especialmente en aquella época en que ya se iniciaba la decadencia de los Austrias. (**24**)

Esta interpretación cabe, en efecto, dentro del nervio y médula del carácter de Don Quijote; y, si los que así piensan no añadieran más, sólo habría que discutir si tal interpretación es la más adecuada á la obra; pero añadir á renglón seguido que Don Quijote es Carlos V, y su amor á Dulcinea la devoción de España á la Virgen Ma-

ría, es querer perder, no ya la aprobación, sino hasta la benevolencia de los hombres sensatos ante tamaños disparates y de malísimo gusto, por contera.

Que Cervantes pintó en Don Quijote los rasgos del alma española de su tiempo, es para mí evidente, pues el poeta toma siempre sus elementos de la realidad que le rodea. El más ligero barniz de historia lo comprueba y ratifica: el *Ingenioso hidalgo*, escrito por su autor en este siglo XX, sería muy otro que el imaginado á fines del XVI en una España católica á macha martillo y henchida de orgullo por sus proezas, aunque pasadas, lo bastantemente próximas para mantener alto el corazón y esperanzada el alma. Mas si el poeta se hubiera limitado á esto, su *Quijote* no tendría más importancia que la histórica, y no sería como es, por dicha nuestra, un libro lozano, fresco, que parece que siempre huele á la tinta de imprenta.

Respecto á los otros dos asertos, están tan faltos de todo peso, que no hay que esforzarse mucho para combatirlos. El que asegura ser el soñador manchego el propio Carlos V, se basa en dos detalles de la vida de éste, que, cuando aun no podía sustentar la espada, la quería «esgrimir con las figuras armadas de los tapices», ó «irritaba por entre las verjas de una jaula los leones que había en ella». (1) Don Quijote lucha con cueros

(1) Conde de la Roca, citado por D. José M.ª Asensio.

de vino (1) y acuchilla figuras de retablo y desafía á leones, luego Don Quijote es Carlos V irremisiblemente. Más ¿qué verdad artística habría en trocar tan gran capitán como fué el Emperador en el visionario caballero de la Triste Figura? ¿Qué belleza resultaría de esa ficción irrespetuosa y arbitraria? ¿Y qué decir de quien opina en serio que el *amor de cabeza* del Caballero á Dulcinea (que ya no es Dulcinea, sino *luz en idea)* encubre la devoción del pueblo español á la Reina de los ángeles? Que la irreverencia corre parejas con la extravagancia, y que ninguna de las dos tiene que ver nada con la crítica literaria.

Á última hora, (2) cuando parecía agotado el campo de las hipótesis *personales*, aparece una nueva suposición que se desliza tímidamente como analogías y concordancias entre la psicología y los lances del hidalgo famoso y el carácter y los hechos de otro héroe aun más iluestre y por bien distinto concepto: San Ignacio de Loyola. (**25**) Cuerpo, fervores, intentos, salidas en busca de aventuras, veladura de armas, todo es igual en el Caballero y en el Santo, hasta el punto de explicarse aquél por éste: la consecuencia no es necesaria traerla por los cabellos, aunque

(1) Los que ven semejanzas entre las cosas menos parecidas afirman que Cervantes tuvo á la vista este pasaje (de Apuleyo, donde un borracho riñe con tres odres de vino) al describir el combate de D. Quijote con los cueros de vino.—Menéndez y Pelayo.—*La novela entre los latinos.*

(2) Después de trazado y compuesto todo el borrador de esta disertación, se ha publicado la *Vida de Don Quijote y Sancho* por M. de Unamuno, ingeniosa glosa y paráfrasis del libro de Cervantes.

el autor no la diga explícitamente. Consecuencia que, de estar en la mente de su autor, sería tan falsa y engañosa como la última apuntada y que no merecería otra refutación, sino advertir que las cosas santas deben tratarse santamente y que conviene no confundir las especies: el Caballero imaginado con el Santo de carne y hueso.

Piensan algunos, abandonando toda la faramalla de alusiones, anagramas y bailes de letras, que Don Quijote es el espíritu poético en guerra con la prosa de la vida, y que el heróico Miguel pinta en él su espíritu luchando contra la sociedad: (**26**) ofrece á la multitud viciosa é insensata el modelo de un hombre sabio y virtuoso, y el entendido y el bueno pasa por loco por querer ensalzar la fuerza de las ideas á los que no las tienen, y elevarse sobre los bajos menesteres de la vida ante los hombres que no se atreven á desamparar el térruño mundial, satisfechos con comer sin trabajar y dormir sin sueños.

Nos place esta opinión por ser impersonal, artística y poderse deducir del libro mismo de Cervantes. No es decir esto que la admitamos como del todo cierta, sino que debe contener un fondo de verdad. Don Quijote es poeta de acción, poeta de la vida, como otros lo son de oficio en los libros: los poetas de oficio corrigen, depuran, mejoran y subliman (según ellos) la realidad prosáica; sólo que sus depuraciones y sublimaciones son de mentirijillas, no transcienden de las hojas del libro. Los poetas de acción se guían

por igual objetivo, pero de veras y á costa de su sangre; eso es lo que hace Don Quijote. La humanidad deja decir á los poetas de oficio, mas muy á gusto con los defectos é imperfecciones de la vida, se opone á los poetas de acción y da con ellos en tierra y los llama locos. ¿De parte de quién está la razón? ¿Del poeta reformador, ó de los que no quieren reformas? Cervantes no se clarea mucho, pero sí lo suficiente para vislumbrarse que no siempre su simpatía va con los cuerdos. Sus burlas é ironías bien pueden tener por forma la risa, la admiración por fondo y por objeto principal á los mismos burladores.

Sostienen finalmente (1) otros, dados á buscar lo filosófico y fundamental de las cosas, que el hidalgo manchego encarna y moldea un símbolo muy transparente. Don Quijote, alto, espiritado, como despegándose de la tierra, todo fervores y ansias espirituales, con la cantidad precisa, y no más, de cuerpo para contener una idea, es el idealismo que prescinde de la realidad de las cosas, es el espíritu que desprecia la materia por imperfecta, es el alma que se evade del cuerpo y se lanza á viajes swedenborgianos. (28) El mismo nombre del caballero, hallazgo felicísimo de Cervantes, lo está diciendo: fabricado de un nombre

(1) Finalmente para nosotros, que no pretendemos agotar la materia, razón por la cual omitimos las opiniones de los que quieren que en Don Quijote se pinten, ya el duque de Medina Sidonia, ó el de Osuna; ya el caballero manchego D. Rodrigo de Sotomayor, ó el fraile dominico Blanco de Paz; ya, en fin, D. Alonso Quijada y Salazar, pariente de Cervantes, y hasta la personificación de las tendencias democráticas, conque Cervantes se anticipa á su época.

real, con el solo cambio de dos letras, no corresponde ni conviene á hombre alguno, es un nombre ideal personalizando una idea.

En esta opinión, los hechos de Don Quijote, las empresas que acomete el loco-cuerdo, adquieren una significación profunda: son las luchas constantes del espíritu prisionero en la cárcel de la materia, son las peleas entre el ángel y la bestia de que todos somos protagonistas; son el noble intento, expuesto entre burlas y veras, de modelar un mundo mejor, de resucitar la edad de oro que tan elocuentemente describe Don Quijote á los cabreros. Y su amor á Dulcinea es el amor al ideal que todos llevamos déntrode nosotros, el tipo de perfección que cada uno á su modo concibe, arquetipo que, como Dulcinea tiene sus raíces en Aldonza Lorenzo, halla su origen en la realidad, aunque aparezca á cien codos sobre ella.

Y así como en la mayoría de los casos, la materia con sus exigencias fatales sojuzga al espíritu y el cuerpo domeña al alma, así el idealismo puro y acendrado de Don Quijote, que en buena lógica debería triunfar é imponerse, es derrotado contínuamente. Al fin, el bueno del hidalgo se apercibe de la inanidad de sus esfuerzos, y, por convencimiento ó por cansancio, se retracta, entra en el mundo común de los mortales para salir muy luego de él y afirma que «en los nidos de antaño no hay pájaros ogaño», que fué *loco* y es ahora *cuerdo*, que fué *Don Quijote*

de la Mancha y *ya es sólo Alonso Quijano el Bueno*. ¡La locura del idealista ha desaparecido, solo uno de sus nobles ideales, el de la bondad y el bien subsiste firme, y constante! (**29**)

Este sentido simbólico del caballero es también muy racional y digno de tenerse en cuenta, porque en efecto, no se violenta con tal interpretación el sentido de las hazañas del héroe, las cuales caben muy bien dentro de tan ancho molde. Toda la vida de Don Quijote, como idealista empedernido que es, (**30**) se reduce á prescindir de las cosas como son en sí, (**31**) tomándolas por lo que á su imaginación place: yelmos las bacías, castillos las ventas, doncellas las rameras, gigantes los molinos de viento.....; y todos sus descalabros provienen de *no ser* las cosas, comenzando por él mismo, lo que á él se le antojan, sino del todo distintas. Las cosas se vengan de las metamórfosis á que las somete el soñador burlándose de él, hiriéndole y haciéndole medir el suelo..... (**32**) y otro tanto han hecho y harán con cuantos locos sigan las huellas quijotiles: ésa es la enseñanza.

Sin embargo, me atrevo á insinuar, con la humildad y el tiento que el caso pide, que no me satisfacen ninguna de las teorías ideadas para explicar el sentido transcendental que pudiera atribuirse á ese hijo del ingenio que se llama Don Quijote. (**33**) Lo natural y presumible es que Cervantes, verdadero artista, al concebirlo, sólo buscó el arte por el arte. (**34**) Tal vez comenzara

por ser el caballero héroe de un cuento regocijado y luego al crecer fué cuando tomó cuerpo y consistencia y adquirió la grandeza definitiva que cuajó en el libro. Cervantes, advertido de lo feliz del hallazgo, debió enamorarse de su invención, (**35**) y en su amor de padre quiso adornarla con todas las galas de su genio lozano y maduro.

Repleto de visiones de la vida y dotado de la facultad preciosísima de *decir*, (1) dijo lo que vió: y vió dolores como los nuestros, ilusiones como las que flotan en nuestra alma, ideales como los que acariciamos en nuestros ensueños de ventura, engaños como los que nos hacen llorar; vió locos que parecían cuerdos, y cuerdos aquejados de un ramo de locura; y todo lo describió punto por punto, caldeándolo en la fragua de su imaginación, para darle más calor de vida, con las lágrimas que él vertió y con la sonrisa melancólica que le arrancara, desde las alturas de su genio, la contemplación de las miserias de la vida.

Quiso pintar las locuras de los hombres, é ideó nn loco representativo; quiso resumir los altibajos de la vida, y escogióse por modelo á sí mismo y á sus contemporáneos; quiso escribir para todos los tiempos, (**36**) y, sin olvidar el modelo escogido, generalizó sus ideas y tuvo la intuición de ese conflicto, tan antiguo como la humanidad y tan duradero como ella entre lo real y lo ideal, del cual los hombres de todos los tiempos pueden

(1) Emerson: El poeta es aquel que *dice*, el que nombra y representa lo bello.

hacer aplicaciones personales. Así se armonizan á mi entender la variedad de opiniones emitidas sobre el sentido del *Ingenioso hidalgo*, y ese es todo el simbolismo de buena ley de Don Quijote: pintar un aspecto de la vida. (**37**) ¡Qué mayor simbolismo que el de la vida! La vida es un símbolo complejo que no cabe en la estrechez de una sola hipótesis.

Por eso Don Quijote no es solo de Cervantes, también es nuestro; y podemos llamarlo así porque el poeta lo fabricó con elementos de nosotros mismos, que nos arrebató con el poder de su genio. Eso es lo que en él nos encanta: advertir pedazos de nuestro ser, y de los más nobles, en la contextura del hidalgo. (**38**) De ahí que cuando, al verle «rodando muy mal trecho por el campo» después de arremeter lanza en ristre contra los molinos de viento, ó en otros muchos lances, en que lo escuálido de Rocinante ó lo imposible de vencer dan con él en tierra, cuando asoma la risa á nuestros labios, no nos reímos de Alonso el Bueno sólamente, nos reímos. .. de haber embestido más de una vez, nosotros mismos, á molinos de viento, tomándolos por gigantes. (**39**) ¡Y dichosos los que pueden reirse asociando descalabros propios á los imaginarios de Don Quijote! Únicamente los imbéciles no se han visto nunca en lances de esta catadura. (**40**)

Para concluir: el que con esta explicación que aquí damos, ó con las anteriores, no se dé por satisfecho y guste de pasmarse, no ha de faltarle

autor que le comente capítulo por capítulo, párrafo por párrafo y palabra por palabra todita la historia del audaz manchego. Así podrá aprender que todos los hechos del caballero andante y aun cada palabra que pronuncia, tienen un sentido profundísimo, casi místico, el cual, para ser desentrañado, exige poco menos capítulos que los del libro inmortal y buen golpe de páginas; se admirará de ver simas hondísimas del pensamiento, donde antes, por ignorancia y tosquedad de alma, vió caminos llanos y trillados; y dará por último con el magno descubrimiento de que las *gestas* del visionario hijo de la Mancha componen un tratado de Pedagogía universal de lo más selecto, una Terapéutica social de lo más fino y el Evangelio sempiterno de la vida. Por muy amigo que sea de pasmarse, quedará seguramente satisfecho. ¡Se pasmaría el mismo Cervantes.....!

Desde las elevadas regiones á donde nos ha remontado, á pesar nuestro, el Caballero de la Mancha, descendamos ahora á las humildes del simbolismo escuderil; que también el escudero tiene su significado y sus porqués de importancia.

Como el de su dueño, el tipo de Sancho hase visto honrado con dos ó tres achaques de alusión personal cuando menos, y no de poca monta, como á continuación puede verse.

Los diplomáticos de marras que emplearon su diplomacia en averiguar que Don Quijote era el Duque de Lerma, no cesaron hasta dar con el original de Sancho, el cual, si ha de dárseles crédito, es Don Pedro Franqueza, uno de los dos secretarios de confianza del Ministro Duque. El hilo que condujo á los diplomáticos á desenredar el ovillo fué que á Don Pedro Franqueza le «fueron entregados *tres* de los *cinco* hijos de Emmanuel de Saboya cuando fueron llamados á España para que aquí vivieran y fueran conocidos, en la previsión de que, por falta de sucesión del rey Felipe III, pudiera recaer la sucesión de la corona en el príncipe Felipe, como hijo de la hermana del Rey, Doña Catalina de Austria. (1) De la coincidencia entre el número de príncipes y el de pollinos, debió nacer la conjetura diplomática.

Quieren otros que Sancho sea Fray Luis de Aliaga, confesor de Felipe III y encubierto enemigo de Cervantes, al decir de ellos, y aun autor del falso *Quijote*, compuesto para privar al autor del legítimo de la ganancia y de la gloria; y se aferran algunos en sostener que Sancho es el propio Lope de Vega, rival y no muy amigo de Cervantes. Conjeturas son éstas que creo no pasarán nunca de serlo; aunque si se da en la flor de recurrir á descomponer palabras y alinear letras, fácil es que se pruebe todo lo quiera probarse sin dejar resquicio de duda.

(1) José M.ª Asensio.—*Cervantes y sus obras.*

El crédito que estas sutilezas nos merecen queda indicado páginas atrás. Seguimos creyendo que en el tipo de Sancho bien pudo Cervantes dar unos cuantos alfilerazos á Franqueza, á Aliaga y hasta el mismo Lope de Vega, si bien de éste, hay en contrario aquello del prólogo de la Segunda parte: «del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupación continua y virtuosa»; opinamos también que el público malicioso y burlón tal vez diera suelta á la antipatía que le inspiraban aquellos personajes confirmándolos con el burlesco nombre de Sancho Panza; pero la crítica reflexiva debe pasar de refilón por tales especies, sin darles más valor que el anecdótico que tienen, y dedicar todos sus ahincos á la entraña del personaje, á su valor estético que no reside ni por asomo en esos tiquis miquis.

Ley del arte, como de la vida, es la del contraste; y á la ley del contraste obedece la creación del tipo sanchipancesco.

¡Cuán otro es que Don Quijote el tipo de Sancho y cuán distinto el simbolismo que encierra ó puede atribuírsele! No hay que darse de cabezadas para descubrirlo, el mismo nombre lo está diciendo á voces: el aparato digestivo, la *panza* en lenguaje vulgar, es lo menos excelente del cuerpo humano, lo más animal de nosotros mismos; la panza es lo que liga al hombre con la materia; de la panza sale la danza, pero la panza no es la danza, es la realidad prosáica y grosera, el instrumento ciego de nuestra econo-

mía corpórea, algo que, si no avergüenza, molesta por traernos á la memoria nuestro bajo origen orgánico. Y este nombre cuadra como de molde al tipo del escudero ideado por Cervantes, más aún, es insustituible. Pruébese á llamar á Sancho con otro nombre que el de Sancho Panza, y se verá que no hay ninguno que suscite como él en nosotros tantas ideas afines á las que constituyen la psicología del personaje. Cervantes, al bautizarle con el nombre de Sancho Panza, tuvo la intuición platoniana de las relaciones íntimas que deben existir entre las ideas y las palabras que las expresan; conforme á tal intuición, el nombre completa á la persona y la persona está en armonía perfecta con el nombre. Si Sancho no se llamase Sancho y no se apellidase Panza, perdería el encanto de su nombre simbólico y transparente, muy transparente, porque todos tenemos panza, aunque evitemos cuidadosamente hablar de ella y de lo que representa. (**41**)

¿Qué quiso simbolizar en Sancho Cervantes? Yo no me atreveré á afirmar á posta cual fuera su objeto, mas sí á sospecharlo, que es cuanto puede pedirse en esto de la crítica, donde si la obra está presente, la intención permancee oculta. Desde el punto de vista artístico, ya lo hemos apuntado: Sancho es el contraste de Don Quijote, Sancho es el personaje, que, por sus ideas contrapuestas á las de aquél, avalora la naturaleza del caballero, haciéndola destacarse con más viveza y hermosura. Dentro de la forzosa

monotonía que necesariamente hubiera resultado de la repetición constante de las desatinadas acciones del hidalgo, Sancho es un elemento de variedad que le da ocasión para que el buen sentido se manifieste en él á ráfagas, como saneando la atmósfera de locura que le envuelve. Sancho es el comentario burlón de las hazañas de Don Quijote, comentario lleno de simpleza y de rústica sencillez, donde la marrullería y la simplicidad, las burlas y las veras, producen el más acabado tipo de humorismo.

Desde el punto de vista filosófico, el escudero sigue siendo la antítesis de su señor; si el caballero es la efigie del clásico hidalgo español perdido por el ansia de aventuras, Sancho compendia á maravilla los rasgos típicos del campesino castellano que da en el vicio opuesto por amor y apegamiento al mísero terruño; si Don Quijote es el hombre convertido en idea, (**42**) Sancho es el animal ascendido á hombre. (**43**) El prosaismo de la vida, lo mezquino de la realidad, el sentido cominero de la minucia de las cosas, la miopía moral (**44**) del hombre del pueblo, de buen natural pero ineducado, el cobarde egoismo de la multitud, se personifican por modo admirable en Sancho. Ahondando un poco más, no sería tampoco difícil regalar á Sancho su *ismo* correspondiente, ó al menos bautizarle con un nombre abstracto. Bien pudiera decirse de él que es el sentido de la carne, el *sentido común*, (**45**) el sentido de las innúmeras medianías que lla-

man loco al demente de verdad y..... también al hombre de genio. (**46**) No creo que haya otra mayor apoteosis del sentido común, tal como yo, mediania, lo entiendo, que la renuncia y abdicación que hace Sancho del gobierno de (**47**) la deseada ínsula, móvil de toda su carrera de aventuras.

Mérito extraordinario de Cervantes es haber acertado á materializar, con la maestría con que lo ha hecho, ideas tan abstractas y complejas como éstas de lo ideal y lo real, haciéndolas á nuestros ojos de carne y hueso, porque, quisiéralo ó no lo quisiera, con la consciencia de la madurez de juicio ó con las adivinaciones espontáneas que son patrimonio del genio, pintó en sus dos personajes nada menos que la naturaleza humana completa, (**48**) medio Quijote y medio Sancho. (**49**) Todos tenemos algo del hidalgo y mucho del escudero. Don Quijote y Sancho son los extremos de una línea indefinida cuyo centro es el hombre. (**50**) Don Quijote y Sancho son inseparables en el libro como lo son en la realidad, se completan (**51**) y se sostienen: su historia es la historia de la vida, cuyos lances hacen reir á los expectadores y llorar á los protagonistas.

Estas disquisiciones crítico-simbólicas quedarían incompletas y los tipos del señor y del escudero sin el último toque, si nos olvidásemos de Rocinante y del Rucio, apéndices inseparables,

por decirlo así, de nuestros héroes. Don Quijote completo se compone de sí, de sus armas y de Rocinante: «¡Oh, tú, sabio encantador, quien quiera que seas á quien ha de tocar ser coronista desta peregrina historia, ruégote no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras!» Asimismo, el escudero íntegro compónese de su persona y del Rucio: «¡Compañero mío y amigo mío y conllevador de mis trabajos y miserias!» (**52**)

El artista extraordinario que se llamó Miguel de Cervantes estaba tan penetrado del don de la armonía, que en su libro no hay detalle ni resquicio que desentone del conjunto. En el prodigioso cuadro que tiene por personajes de primer término á Don Quijote y Sancho, Rocinante y el Rucio son de una importancia extrema. (**52**) No son bestias á secas, tienen alma muy semejante á la de sus jinetes. En las caídas del asendereado caballero, la lástima que nos inspira se extiende á Rocinante, igualmente tendido en el suelo, y la admiración que produce el indomable valor de Don Quijote, más animoso cuanto más derrotado, también se la gana el mísero animal que, hambriento y sin fuerzas, siempre las halla para levantarse y conducir á su señor á nuevas aventuras. En cuanto al Rucio, nos interesa por el amor que le profesa Sancho: el cariño de su dueño irradia hasta nosotros.

Flaco, huesudo, tan malo para empeñado como para vendido, es Rocinante; y además, pacien-

zudo, melancólico, triste, «tan manso y poco rijoso que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro» y con tan pocos alientos aparentes que sola una vez declara el autor haber corrido algo, porque todas sus demás carreras «siempre fueron trotes declarados»: tales son las cualidades salientes de Rocinante, que bien pudieran aplicarse, mutatis mutandis, al propio caballero.

Digno corcel del gran manchego, si en lo físico se le compara, no emula menos con él en alientos y valentía. Pese á sus hambres y alifafes, el matalote es de carne aunque parece de leño, y no desprecia la única aventura, propia, que se le presenta; aventura heróica tanto como la que más de su señor..... la de «pedir cotufas al golfo»: el resultado de ella es como el de las de Don Quijote: rodar por tierra y ser molido á palos.

La importancia del Rucio, insinuado queda, es reflejada de la que le atribuye Sancho y en la que se manifiesta uno de los rasgos más naturales que le caracterizan. Nada hace de notable el Rucio, por más que asegure su amo que vale dos veces más que Rocinante; pero cuando Sancho rompe á llorar al encontrarse con que se lo han hurtado y le llama á gritos: «¡hijo de mis entrañas....., brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente, sustentador de la mitad de mi persona!»; y al recuperarlo, no vacila en preguntarle: «¿Cómo has estado, bien mío, Rucio de mis ojos,

compañero mio?»; un amo que sirve de testigo de verdad; un animal que calla y se deja besar y acariciar de Sancho sin responder palabra alguna; al que se dedica un párrafo en las cartas y merece el primer recuerdo del gobernador desgobernado y un abrazo y «un beso de paz en la frente», un asno, en fin, al que se adorna para entrar en la aldea quijotil, de manera que parece «más galán que Mingo», por fuerza ha de interesarnos y de tener importancia extrema, al par y como formando parte de su mismo dueño. (**54**)

La amistad y el hermanazgo que existen entre el caballero y el villano, á despecho de sus opuestos caracteres y distinta alcurnia, se extiende á los animales: el matalón heróico y el asno insignificante mantienen entre sí cordialísimas y nunca agriadas relaciones en las comunes fatigas: «cuya amistad dél (del Rucio) y de Rocinante fué tan única y tan trabada, que hay fama, por tradición de padres é hijos, que el autor desta verdadera historia hizo particulares capítulos della; mas que, por guardar la decencia y decoro que á tan heróica historia se debe, no los puso en ella; puesto que algunas veces se descuida deste prosupuesto, y escribe que así como las dos bestias se juntaban, acudían á rascarse el uno al otro, y que después de cansados y satisfechos, cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del Rucio, que le sobraba de la otra parte más de media vara; y mirando los dos atentamente al suelo, se solían estar de aquella manera tres días, ó á

lo menos todo el tiempo que los dejaban, ó no les compelía la hambre á buscar sustento. Digo que dicen que dejó el autor escrito que los había comparado en la amistad á la que tuvieron Niso y Eurialo, Pílades y Orestes; y si esto es así, se podía echar de ver, para universal admiración, cuán firme debió ser la amistad destos pacíficos animales, para confusión de los hombres, que tan mal saben guardarse amistad los unos á los otros».

Como se ve, Cervantes no hizo un libro exprofeso para contarnos aventuras de animales, según lo han hecho en nuestros tiempos y bien recientemente Rudyard Kipling (1) y Jack Londón; (2) pero les dió parte no pequeña en su libro, haciéndolos á imagen y semejanza de sus dueños. Don Quijote, montado en otro caballo que no fuera Rocinante, no sería el Caballero de la Triste Figura; Sancho, á pié es, un peatón vulgar. El simbolismo de los hombres se extiende al de las bestias, (**55**) las cuales, por sí mismas, tienen también su sentido filosófico: el matalón que muere destripado por las astas de un toro ó comido de perros, tiene su apoteosis en Rocinante; el cariño del hombre que vive de la tierra hacia el animal que le ayuda, se glorifica hermosamente en Sancho y el Rucio.

(1) Atavismo.

(2) El libro de las tierras virg nes.

V

Para terminar el desarrollo del tema propuesto, fáltanos estudiar lo que son y significan otros dos hijos de la dilatada familia cervantesco-quijotil, el Cura y el Barbero; y en ellos hemos de detenernos mucho menos de lo que lo hemos hecho en los dos héroes principales, pues ni su complejidad requiere tanta atención, ni á su significación cuadraría tampoco prolijo estudio.

El Cura y el Barbero son dos personajes episódicos que encajan en el cuadro general de la novela, desempeñando papeles de importancia no pequeña, pero muy lejos de la *universalidad*, y no retiramos la palabra, de los sendos tipos de los protagonistas.

El Licenciado Pero Pérez, hombre docto, graduado en Sigüenza, buen cristiano, amigo de la verdad, de espíritu fértil, gran tracista, tiene su momento culminante en el donoso y grande escrutinio de la librería del ingenioso hidalgo.

Allí encarna este personaje las opiniones y preferencias de Cervantes en materia literaria, y puesto que su designio es «poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías», lo hace en teoría, condenándolos al fuego del Ama, sin perjuicio de desacreditarlos con el espejo de Don Quijote. Igual papel le hace desempeñar en los coloquios con el señor Canónigo, donde el Licenciado la emprende con las «comedias que agora se usan», «espejo de disparates, ejemplo de necedades é imágenes de lascivia», en vez de ser como él y Cervantes desean y afirman que debe ser la comedia «artificiosa y bien ordenada» de donde salga «el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio y enamorado de la verdad, que todos estos efectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchase, por rústico y torpe que sea».

Pero Pérez encarna el pensamiento crítico de Cervantes, partidario, como se ve por lo apuntado, del arte por la idea y aun del arte docente y aun del realismo y demás teorías que los modernos creen haber inventado, como cosas no sospechadas siquiera de los antiguos.

Esta es la significación artística que para mí tiene el Licenciado, prescindiendo de las alusiones que pueda haber á tal ó cual persona de la

intimidad de Cervantes; (1) y sería cuento de nunca acabar quemarnos las cejas en su busca, cuando á la postre tan poca importancia tendría que se descubriese definitivamente tal cosa.

Que su principal intento es el expuesto, lo corrobora el que Cervantes, tan amigo de presentar al natural sus personajes para que se vean y se toquen, no asigna al Licenciado un *físico* determinado, ni más antecedentes que ser grande amigo de Don Quijote; la idea que en la novela desenvuelve no necesita de *hechura especial*, pues harto claro se ve que quien habla por boca del Cura es Cervantes; procedimiento éste parecido al de muchos autores modernos, que, rara es la obra, donde no sacan á colación un personaje que en nombre de ellos habla, discute, comenta y explica. Cervantes no se cuida, por eso, de describir el personaje y sólamente le hace Cura, cosa muy natural en aquella época, donde los más gloriosos ingenios literarios eran sacerdotes.

Fuera de este significado, el Cura es uno de tantos personajes de segundo término que aparecen en la rica galería de tipos del *Ingenioso hidalgo*, y que atraen sucesivamente la atención del lector, en relación con las aventuras de Don Alonso y Sancho.

El papel del Cura, aunque corto, es lucido: el del Barbero no lo es tanto, por estar más alejado de la acción que su amigo. Aparece siempre como

(1) Para mí D. Juan Palación.—J. A.: *¿Quién fué Don Quijote?*

adlátere del Licenciado, pero no tiene á su cargo misión alguna *sustantiva* en la Primera parte, como no sea la de contribuir á afirmar á Don Quijote en su locura que toma la bacía por yelmo de Mambrino, ó la de ayudar al clérigo á traer al caballero á la aldea; y en la Segunda, contar el intencionado cuento del loco de Sevilla, cuyo sentido cala de seguida el bueno del hidalgo. Apartándose del tradicional tipo barberil, Cervantes no le hace lenguaraz, bachillero, amigo de chismes y cuentos: su Barbero es discreto, comedido y sabe hablar y callar á tiempo.

El afán de dar sentido transcendental á los personajes del *Quijote* ha hecho decir á cierto crítico (1) que estos dos que estudiamos personifican el *sentido común* mejor que Sancho. Disentimos de esta opinión, mas no hemos de romper lanzas por sacar adelante la nuestra. Sólo haremos una observación: podrán ser cuerdos el Cura y el Barbero mientras no se lanzan por esos mundos en busca de Don Quijote; pero desde que les viene esa idea y se disfrazan el uno de doncella y de escudero el otro, si bien, por acuerdo del Cura se cambian los disfraces por parecerle «que así profanaba menos su dignidad»; desde ese momento, hay que desconfiar de esa cordura andariega y retozona que se disfraza para engañar á un loco.

El Licenciado Pero Pérez y Maese Nicolás (aparte de la significación que hemos atribuído

(1) D. Pedro de Alcántara.—*Historia de la Literatura española.*

al primero) son dos burlones que, antes que lograr la curación del hidalgo, le confirman en su demencia con las burlas que imaginan para sanarlo; pero no tienen la grandeza de la concepción de Don Quijote y Sancho; son dos personajes de menor cuantía, simbólicos únicamente en cuanto remedan individuos reales que hablan y obran en razón de sus respectivos caracteres.

NOTAS

Véase la advertencia que precede á las NOTAS sobre el *Realismo del «Quijote»*, y dése aquí por repetida.

(**1**) *C Mendés.*—Por medio del símbolo, el poeta, además de decir lo que dice, deja sobreentender otra cosa; y merced á misteriosas analogías la palabra invita, restrictiva y á la vez sujestiva, á la percepción de lo inespresado.

(**2**) *J. van Effen.* Á medida que uno avanza en edad y en conocimientos, este libro se le presenta sucesivamente bajo todas sus diferentes fases, en todos sus distintos grados de bondad.

Ch. de Sainte-Beave.— Habiendo comenzado (el *Quijote*) por ser un libro de actualidad, se ha convertido en un libro de la humanidad; y tiene para siempre un sitio señalado en la imaginación de todos.

(**3**) *Ch. Jarvis.*—Tres circunstancias declaran al vivo las excelencias del «Quijote»... la segunda es que, requiriéndose un fino criterio para descubrir las más delicadas bellezas de este escritor (de Cervantes,) las hay sin embargo copiosas y bastantemente obvias para deleitar á todas las capacidades.

(**4**) *Sainte-Beuve.*—Pero... no olvidemos su original esencia (la del *Quijote*). Ennoblezcámosla, tratémosla dignamente, como le conviene y de confor-

midad con su tono primitivo; pero no la presentemos con demasiados cambios; mezclemos con ella los menores pensamientos extraños que podamos, y, sobre todo abstengámonos de atribuirle lo que una excesiva reflexión podría sugerirnos.

Mrs. Oliphant —Nosotros hallamos en el «Quijote» mucho más y mucho menos de lo que los críticos quieren.

(**5**) *Laharpe.*—Por lo demás, á pesar del éxito que entre nosotros (los franceses) ha tenido la traducción del *Don Quijote*, no es, empero, absolutamente del gusto de todo el mundo. Hay lectores rigoristas para quienes el fondo de este libro es demasiado frívolo, y que no pueden leer las locuras de un desgraciado á quien debería encerrarse.

(**6**) *N. C. Jo. Troublet.*—Es cosa notada que *Don Quijote* no ha tenido éxito en el teatro... Y no es que Don Quijote. . sea un personaje quimérico y fuera de lo natural... El carácter de Don Quijotes es, pues, verosimil, especialmente para la Novela, pero no lo es bastante para la Comedia.

J. L. Klein.—Llevar el Quijote á la escena es en sí mismo una quijotada.

(**7**) *I. Turgueneff.*—¿Qué representa Don Quijote? Antè todo la fe, la fe en algo eterno, indeleble, en la verdad, en aquella verdad que reside fuera del *yo*... y que á ella nos sacrificamos... Don Quijote se halla poseído de un sentimiento de abnegación por ese ideal .. Don Quijote vive para los otros.

(**8**) *S. Auger.*—Su juicio y su locura (de D. Quijote) no se repelen entre sí, y es cierto que esta mezcla, ó mejor. esta alternativa de dos estados contrarios está tomada de la misma verdad.

(**9**) *Sofía Gay*, en su *Ellenore*, dice: «No puedo

perdonar á Cervantes que haya hecho ridículo á Don Quijote». (Cita de Vapereau).

(**10**) *A. Royer.*—Su misma locura (la de D. Quijote) acrece el interés que inspira, nos es simpática su escuálida figura, y aborrecemos á sus enemigos todavía más de lo que él los aborrece.

(**11**) *E. Montagut.*—Sancho es resumen de una ley de nuestra naturaleza moral. Es previsor, astuto y disimulado; pero al tocarle la tecla de su quimérica concupiscencia, os contestará el eco de su locura. Sancho sabe perfectamente que su amo es un loco; no cree una palabra de las maravillas que le cuenta; pero Don Quijote le ha prometido una ínsula y él se apega á esta quimérica promesa con un codicioso anhelo de los más cómicos.

Fitzmaurice-Kelly.—Aprecia y distingue (Sancho) los hechos como son en sí; pero cuando se atraviesa su propio interés, entonces cree á su amo con demasiada facilidad.

S. Auger.—Don Quijote y Sancho son locos... Sancho tiene la locura del interés.

(**12**) *E. Gebhart.*—Está contagiado por la locura (de su señor), porque ciertas extravagancias suyas no son menos excesivas que las de su amo.

(**13**) *D Manuel de Faria y Sousa,* contemporáneo de Cervantes, sostenía que en el *Ingenioso hidalgo* se satirizaban costumbres. (Nota del autor).

(**14**) *D. Clemencin* —Pintó en Don Quijote lo ridículo del caballero andante, y en Sancho lo ridículo de los que apreciaban y daban valor á las monstruosidades caballerescas.

(**15**) *C. Littré* — Cuando Cervantes empezó su obra no tenía á buen seguro en el ánimo más que el designio de ridiculizar la caballería y deachacar

todas sus extravagancias á un loco. . . su pensamiento se modificó á medida que la composición del libro adelantaba.

E. Heine.—Evidentemente sólo tuvo por objeto escribir una sátira contra los mencionados libros (de caballería).

....

Pero la pluma del genio es siempre más grande que el mismo genio....., sin que de ello se hubiese dado cuenta, escribió Cervantes la más grande de las sátiras contra el entusiasmo humano.

A. Royer.—Cervantes, al comenzar su *Quijote*, pensó en satirizar las fastidiosas composiciones á las que servía de pretexto la caballería; pero pronto dejó como secundaria tal materia, y con todo el calor de su imaginación, surcó un mundo de sentimiento y de filosofía del cual el donaire es sólo el ropaje exterior.

J. G. Lockhart—En cada página sentimos el hálito del genio que se mueve en una esfera demasiado sublime para limitarse á una mera ironía.

(**16**) *L. Tieck* apoya la misma opinión que nosotros sostenemos é igualmente Menéndez y Pelayo. (Nota del autor).

(**17**) *L. Tieck.*—Creo que el noble y poético Cervantes, y aun en su vejez, cuando trazó la figura de su Manchego, no había podido sustraerse del todo á su predilección... El antojo de componer también él una historia de caballerías similar parece propia de su carácter.

Pinheiro Chagas.—El *Don Quijote* no tuvo por objeto desacreditar los libros de caballerías ni matar el espíritu caballeresco. Lector tal vez entusiasta de ellos, Cervantes pensó sin duda en el

cómico efecto que en la España de los Felipes II y III produciría el hombre que acometiese la tarea de resucitar las hazañas y el modo de proceder de los caballeros andantes.

(**18**) *E. Gebhart.*—En este personaje (D Quijote) ha puesto Cervantes el sentimiento melancólico de su propia vida.

(**19**) *F. Schelling.*—La novela debe ser un espejo del mundo, á lo menos del contemporáneo. . La novela no puede ser más que el fruto de un ingenio completamente maduro... Es casi la última depuración del genio, por donde éste se concentra en sí mismo, y su vida y su ser se transforman en flor: la novela es el fruto, pero coronado de flores.

(**20**) *J. P. Richter.*—¡Cuánto fueron Shakespeare y Cervantes, y aún más éste, removidos, arados y surcados por la vida antes de que la fecunda semilla de su flora poética brotase y se desarrollara!

(**21**) *J. Valera.*—Sin duda cuanto había visto en su vida militar, en su cautiverio y en sus largas peregrinaciones, y los personajes de toda talla con quienes había tratado, le dieron ocasión y tipos para inventar y formar nuevos personajes tan verdaderos como los del *Quijote;* pero hay una enorme distancia de creer esto á creer que todo es alusión en dicho libro.

(**22**) *Julián Apraiz.*—Desagradable y duro es confesarlo, entre tantos y tantos millares de pliegos como se han escrito en sentido exegético sobre el *Quijote*, nada fundamental se ha dicho todavía sobre la naturaleza del talento cómico ó siquier humorístico de Cervantes... ¡Hermoso libro que está aún por intentar!

(**23**) *Le Père René Rapin* entre otros que afirma

conservar este secreto de uno de sus amigos que á su vez lo sabía por Lope de Vega, á quien se lo había dicho Cervantes. (Nota del autor).

(**24**) *A. Durán.*—Don Quijote y Sancho Panza forman la unidad compleja de la sociedad española en aquel tiempo.

B. J. Gallardo va mas allá: Cervantes no trató en el *Quijote* de corregir de sus fantasías sólo á los españoles, sino de corregir á la Europa y á su siglo

(**25**) *C. Bowle*, en 1736 insinuó ya esta especie.

E. Castelar.—Aquel que dijo que la poesía sobrepujaba á la historia en verdad, no conocía, puesto que nació en la Grecia, la identidad que presentan entre ellos el personaje real San Ignacio de Loyola y el personaje ficticio Don Quijote de la Mancha. *[Las Matinées españolas]* (1883).

(**26**) *Sismondi de Sismonde* —La invención fundamental de Don Quijote es el eterno contraste entre el espíritu de la poesía y el de la prosa.

P. Merimée combate esta opinión (Nota del autor).

Th Roscoe.— Otro rasgo, y no el menos sorprendente en la composición de *Don Quijote* es el contínuo contraste entre lo que se ha llamado el espíritu poético y el prosáico.

J Janin —Don Quijote es la poesía, Sancho es la realidad. Don Quijote es la ilusión, Sancho es lo positivo.

(**27**) *F. Schelling* —El tema de conjunto es la lucha de lo Real con lo Ideal.

J G Lockhart.—La Imaginación contínuamente en lucha con la Realidad; representa la eterna guerra entre el entusiasmo y la Necesidad.

A. Vacquerie.—La vida real en frente de la vida quimérica.

L. Braunfels.—Sostiene la misma opinión con distintas palabras (Nota del autor).

K Frencel.—¿Quién no sabe que sobre el enteco, pernialto, descarnado y huesudo Rocinante, cabalgó á través de los siglos, él, Miguel de Cervantes, como todos los idealistas?

(**28**) *Ch. Lamb.*—En verdad que debe de estar aprisionada sin esperanza en los ignominiosos lazos de la superficialidad, el alma que en sus mejores momentos no se haya figurado alguna vez la imagen del magnánimo y perspicaz Don Quijote libertada de la profana compañía de un Sancho ó de la vulgar muchedumbre que le sigue tras los cascos de Rocinante.

(**29**) *I. Turgueneff.* — ¡Alonso el Bueno! ¡qué nobilísima palabra!, este sobrenombre, evocado aquí por primera y última vez, conmueve singularmente al lector. Todo pasa, dignidades, poderes, genio universal, todo se convierte en polvo. Todo, excepto las buenas obras: éstas viven más que la más fulgurante belleza. *Todo pasa*, ha dicho el apóstol, *sólo la caridad se conserva.*

(**30**) *A. Gil de Zárate.*—Don Quijote es un visionario que delira por hallar en todas partes un mundo que no existe.

(**31**) *L. Braunfels.*—Don Quijote es un idealista perfecto. Su caballeresco arrebatado impulso le coloca á todas horas en una lucha siempre imposible con la vida; pero ninguna perceptible dolorosa experiencia puede llegar á sacarle del error. El idealismo en todos los conflictos le da siempre la razón.

(**32**) *A Vacquerie.*—En todo el libro vemos las cosas naturales y vulgares contrariadas por las extravagancias de Don Quijote.

(**33**) *G. Tikcnor* — El exquisito y adelgazado discurso de los críticos ha adulterado el objeto que Cervantes se propuso al escribir el *Quijote*, pues hasta se ha querido suponer que trató de describir el infinito y perpetuo combate de la parte poética con la parte prosáica del alma, entre el heroismo y la generosidad por un lado, y el egoismo y el interés por otro, representando en esta lucha la realidad y verdad de la vida humana. Pero esta conclusión metafísica... es diametralmente opuesta al espíritu de aquella época.

Pinhero Chagas. — ¡Fuera fríos comentadores, vuestras necias teorías y vuestras pedantes suposiciones! ¡Imagináis que Cervantes se entretuvo en el silencio de su gabinete, ó de su cárcel, fabricando dos figuras mecánicas que representasen, ésta la poesía, aquella la prosa, una el espíritu, la otra la materia, ó que estuvo imaginando el símbolo de la sabiduría para encarnarlo en la figura de Dulcinea! ¡No! lo que el sublime escritor español hizo, fué crear dos figuras profundamente humanas. ... por la fuerza irresistible de la inspiración y del genio.

(**34**) *J. Valera.*—El fin verdadero del *Quijote* es crear una hermosa fábula.

(**35**) *H. Dohm.*—Á medida que Cervantes avanza en la novela va encariñándose con su héroe y lo poetiza con tantos rasgos de delicado sentimiento, entusiasmo por todo lo bueno y bello, y magnánima bravura, que su demencia nos parece al final como patético y sublime infortunio.

F. Bouterweck —Á Cervantes le encantó la riqueza que le ofreció la idea de un exaltado héroe que se cree llamado á resucitar la antigua caballería: he

aquí el germen de su obra. Como poeta comprendió cuanto partido podía sacar de este pensamiento.

G. Tikuor.—Cervantes llegó realmente á cobrar cariño á estas creaciones de su fértil ingenio, como si fueran entes materiales, hablando de éllos y tratándolos con una animación é interés que contribuyen en gran manera á la ilusión de los lectores.

(**36**) *B Dubournial.*—Su vasto genio hizo que pudiere dar á su obra un interés de todos los tiempos y de todos los lugares.

H. E. Watts —¿Qué importa saber cuál sea la lección que este libro encierra? La gente no lee para sacar lecciones.

(**38**) *Ch. Mazade* —Don Quijote y Sancho Panza no son símbolos, como se ha dicho; son verdaderos tipos humanos marcados con el sello de la nacionalidad española.

(**39**) *Roque Barcia.*—Pálpese cada cual su interior durante un minuto... y diga después si le acude valor para afirmar que no lleva un Don Quijote de la Mancha dentro.

A Callet.—¿Quién de nosotros no encierra en sí su Don Quijote y su Sancho Panza? ¿Quién de nosotros, mas de una vez en su vida no ha luchado con molinos de viento?

S. Johnson.—Cuando nosotros compadecemos á Don Quijote, recapacitamos nuestros propios contratiempos; y cuando nos reímos de él, reconocemos, puesta la mano sobre el corazón, que no es más ridículo que nosotros mismos, con la sola diferencia de que él dice lo que nosotros sólo pensamos.

(**40**) *P. Merimée.*—¡Desgraciado de aquél que no

ha tenido alguna de las ideas de Don Quijote y que no ha arrostrado los golpes y el ridículo por enderezar entuertos!

(**41**) *X* —Los nombres de Don Quijote, de Dulcinea y del mismo Rocinante se nos ofrecen bañados de luz de idealismo; así como no hay forma de quitarle su llano y humilde realismo al de Sancho Panza.

(**42**) *P. de Saint-Victor* — (Don Quijote es) el ideal encarnado, la abstracción hecha hombre.

(**43**) *X. Hagberg* —Sancho Panza es el cuerpo que se burla del alma cuando ésta, por una exaltación espiritualista, cae en el absurdo.

(**44**) *G Mayans.*—En Sancho Panza se representa la simplicidad del vulgo que aunque conozca los errores ciegamente los sigue.

M. de la Revilla.—Sancho es el positivismo grosero, que no ve mas allá de sus egoismos.

(**45**) *K Frencel.*—Sancho... sesudo y personificado *sentido común.*

R. Renier.—Sancho representa sin duda alguna el sentido común popular.

(**46**) *E. Baret.* Simboliza los efectos de la transformación que se opera en el hombre cuando el tiempo y la experiencia han madurado su espíritu y contempla entonces con sangre fría aquellos mismos objetos que había considerado á través del prisma del fervor y del entusiasmo.

(**47**) *F M. Klinger* —Si... se quiere saber como asienta el mando á las almas buenas y sencillas, léase el final del gobierno de Sancho Panza, acompáñesele con toda su corte al establo, y óigase su discurso, realmente sublime, á su antiguo y fiel amigo el rucio.

(**48**) *J E. Hartzembuschs.*—Don Quijote y Sancho Panza

Compendian la humanidad

(**49**) *Roque Barcia.*—Muchos de nosotros tenemos algo de Don Quijote, y entre el vulgo podríamos aún encontrar un gran número de Sanchos Panzas.

E. Montagut.—Lo que él (Don Quijote) apetece es cabalmente aquello que nosotros deseamos; y si por casualidad nuestros afectos tienen distinto objeto, entonces nos callamos hipócritamente.. Pertenece, pues, á la humanidad bajo todos conceptos.

K. Leifort y E. Lidforss apuntan la misma idea. (Nota del autor).

(**50**) *J. María Ferrer.*—Don Quijote y Sancho no son retratos; son conceptos originales con formas y accidentes humanos, porque sino serían monstruos; antes que símbolos parecen que lo han sido y que viven en nuestra imaginación, como recuerdo de personas conocidas.

(**51**) *L Braunfels* —Pero Cervantes no colocó el idealismo tan sólo en frente del realismo, sino también al lado, y en el fiel compañero Sancho Panza creó un esquivo contraste y al mismo tiempo un explicativo complemento del caballero.

(**52**) *A. Vacquerie.*—Aquí están, pues, mano á mano .. Don Quijote, firme sobre su flaco Rocinante, y Sancho, pesadamente montado en su asno, para estar más cerca del suelo que sus pies casi barren.

(**53**) *R. Renier.*—La presentación de estos animales tuvo en la poesía caballeresca no escasa importancia... Cervantes, tan diligente en satirizarla, representó los caballos heróicos, cuyo tipo era el Bayardo del *Orlando Innamorato* por el bueno y

escuálido Rocinante, á quien dió por amigo al asno de Sancho.

(**54**) *G. W. Rabener.*—Este autor dedica al Rucio su libro de sátiras basadas en algunos proverbios de Sancho Panza. (Nota del autor).

(**55**) *E. Heine.* — Hasta entre Rocinante y el Rucio reina el mismo irónico paralelismo que entre el escudero y su amo, y también ambos animales son hasta cierto punto simbólicos portadores de los mismos ideales.

Victor Hugo.—La invención de Cervantes es magistral, hasta el punto de que hay entre el tipo y el cuadrúpedo complementaria adherencia estatuaria. El razonador y el aventurero se identifican con sus cabalgaduras, de tal modo, que es imposible desmontar á Sancho Panza y á Don Quijote.

486512
Cervantes Saavedra, Miguel de. Don Quixote
Tabar, Alfredo
Realismo del Quijote.
LS
C419d
.Yt

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED